10950

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

MADRID:
RIOS, MONIER, CUESTA.

10

CÁTALOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, *estrenadas últimamente en los Teatros de esta corte.*

DRAMAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La Estrella de las Montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un hombre de estado.
El primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza Republicana.
Mauricio el Republicano.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del Diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita
¡Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
A quien Dios no le dá hijos...
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un Hidalgo aragonés.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, Hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las Tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Los pretendientes.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su muger.
La Ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el Albañil.
María y Felipe.

EN UN ACTO.

Un año en quince minutos.
Un cabello!
El don del cielo
La esperanza de la Patria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente:
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios del amor.
Mi media Naranja.
¡Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo:
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

TRES AL SACO...

COMEDIA EN CUATRO ACTOS, Y EN VERSO,

DE

D. TOMAS RODRIGUEZ RUBÍ.

N.° 190.

MADRID.
IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO, N.° 14.
1852.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/tresalsacocomedi492rodr

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAJES.	ACTORES.
EUGENIA.	Doña Josefa Palma.
BRÍGIDA	Doña Dolores Perez.
EL DUQUE	Don Julian Romea.
EL CONDESTABLE.	Don Florencio Romea.
DON JUAN DE AUSTRIA	Don Antonio Pizarroso.
EL REY CARLOS II.	Don Antonio Lozano.
UN CONSEJERO. . .	Don Lázaro Perez.
OTRO ID.	Don José Plo.
PEREZ	Don Fernando Navarro.
UN CORTESANO . .	Don Manuel Sotomayor.
OTRO ID.	Don José Sineo.
SECRETARIO 1.° . .	Don Patricio Sobrado.
ID. 2.°	Don José Mas.
UN CAPITAN. . . .	Don Fernando Guerra.
UN GENTILHOMBRE	Don Gerónimo Gonzalez.

Consejeros, Cortesanos, Gentileshombres, Conjurados, Guardias y acompañamiento.

Año de 1679.

ACTO PRIMERO.

Sala adornada con muebles de la época: puerta en el fondo, dos á la izquierda del actor, la una secreta. A la derecha un balcon.

ESCENA PRIMERA.

PEREZ.

No hay duda, las seis han dado
y no vuelven... ¡que demontre!
Son muchas mujeres estas!
no hay nada que les importe.
En saliendo con la suya;...
mientras que su objeto logren,
todo va bien, aunque luego
el pobre Perez se ahorque.
Para rezar el rosario
y decir, ora pro nobis,

G71616

sobrado tiempo han tenido
desde las dos... ¡ya es de noche!
¡Reniego de sus beaterios!
Y si tardan mucho ¿adónde
las he de hallar? Y si en tanto
el Duque ¡Dios me perdone!
aquí viene y por la niña
pregunta ¿quién le responde?
Vamos... voy perdiendo el tino...
me van entrando sudores...
(Aldabonazos en la puerta de la calle.)

EUGENIA. *(Dentro.)*
Perez! Perez!

PEREZ. Ellas son!
(Desde el balcon.)
Para qué dan esos golpes?
¿no traen la llave?... Ya entraron...
y suben los escalones
de dos en dos... ¿cuánto va
que ha ocurrido algun desorden?
Qué sucede?
(Salen muy agitadas Eugenia y Brígida: aquella arroja el manto y esta lo levanta y dobla.)

ESCENA II.

EUGENIA.—BRÍGIDA.—PEREZ.

EUGENIA. Ay!... Dios me valga!
(Se deja caer en un sillon.)

BRÍGIDA. Y á mí los santos Apóstoles.

EUGENIA. ¿Cerraste bien?

BRÍGIDA. Si señora,
con llave y con vueltas dobles.

EUGENIA. Bien hecho: en este recinto
no es fácil que nos acose...

PEREZ. Señora... ¿podré saber
la causa de esos temores?
¿por qué da la vuelta á casa
despues de las oraciones,
cuando sabe que por ello
á grandes riesgos me espone?

Vuesarced me dió palabra...

EUGENIA. Señor Perez, no se enoje:
es verdad que volver antes
le ofrecí con los mejores
propósitos; pero á veces
la casualidad dispone
otras cosas, á pesar
de las buenas intenciones.

PEREZ. Pero...

EUGENIA. Nada, es muy sencillo:
fuimos al sermon.

PEREZ. A donde?

EUGENIA. A la Soledad.

PEREZ. Tan lejos?

EUGENIA. Gusto de oir los sermones
del Padre Albornoz. Rezamos
y la plática acabóse.
Era aun temprano, salimos
á la calle, y antojóseme
dar por Atocha una vuelta,
y fuimos allá: veloces
el prado de San Gerónimo
atravesamos, y entonces
notamos que nos seguia
á cierta distancia un hombre.

PEREZ. Un hombre!

EUGENIA. Sí, señor Perez;
un hombre y no de mal porte,
á quien recuerdo haber visto
rondándome los balcones...

PEREZ. Qué decis!... rondando?

EUGENIA. Pues,
eso mismo; y como el pobre
tan solamente ha logrado
desden en vez de favores,
al verme por vez primera
en la calle se conoce
que quiso hablarme, y al punto,
como quien dice á galope,
huimos de él... y ¡él detras!
nosotras corre y mas corre:
fatigadas, aturdidas,
por calles y callejones

nos metimos; poco prácticas
de Madrid y mucho torpes,
nos perdimos, rodeamos
unas distancias enormes,
y por último rendidas,
sin esperanza y sin norte
llegamos á Leganitos
y á nuestra casa.

PEREZ. Y el hombre?

EUGENIA. Siempre detras, señor Perez,
terco y duro como un roble.
Nos dijo cuando cruzamos
por la calle de San Roque...
»No se fatiguen, señoras,
que el que las sigue es un noble.»—
Mas como alli se quedaron
sin respuesta sus clamores,
añadió ciego de enojo
y con descompuestas voces:
»Yo haré que lo que por bien
no aceptan vuestros rigores,
en otro tiempo y lugar
mal de su grado me otorguen.»

PEREZ. Eso dijo?

EUGENIA. Ciertamente.

PEREZ. Por el santo de mi nombre
que no saldrán otra vez
sin que Perez las escolte.
Callad, señora, por Dios,
y de aquestos pormenores
nada digais á don Juan
si á veros viene esta noche.

EUGENIA. Y por qué? No es conveniente
que mi protector ignore
los peligros qué me cercan.
¿Cómo quereis vos que tome
en mi pro, si nada sabe,
las debidas precauciones?

PEREZ. Cumplid vuestra voluntad;
mas lo que ahora os propone
mi labio, puede que sea
lo que aquí mas os importe.

EUGENIA. Es cierto? decid, ¿temeis

que ese cuento le incomode?
Y ¿por qué? ¿quién es don Juan?
¿por qué el secreto me esconde
de mi destino y el suyo?
¡Sacadme de confusiones!

PEREZ. En ese punto, señora,
perdonadme, soy de bronce;
porque él es mi dueño, y son
leyes para mí sus órdenes.

ESCENA III.

EUGENIA.—BRÍGIDA.

EUGENIA. ¡Bravas respuestas me dan!

BRÍGIDA. ¡Siempre inútil el ataque!
no hay quien del cuerpo le saque
una palabra ¡qué afan!

EUGENIA. ¿Comprendes, Brígida, bien
lo inmenso de mi dolencia,
cuando aun no sé la existencia
á quién se la debo, á quién?
Esto de vivir aislada
es muy cruel.

BRÍGIDA. No lo dudo.

EUGENIA. Pregunto á don Juan, y es mudo:
á Perez pregunto y ¡nada!
Un tiempo fué en que corrió
alegre la infancia mia;
todo en él me sonreia,
y en nada pensaba yo.
Mas ¡ay! con velocidad
aquellos tiempos huyeron,
y atropellados vinieron
los cuidados de otra edad.
Este misterio profundo
que siempre aquí me rodea:
este esmero que se emplea
para alejarme del mundo.
Este don Juan tan cortés,
y á la vez tan reservado:
este severo criado

que no me dice quién es,
ni tampoco el apellido
de don Juan, ni qué pretende...
todo ello, en fin me suspende
y me trastorna el sentido.
¿Tú no has logrado hasta ahora,
para calmar este afan,
saber quién es mi don Juan?

BRÍGIDA. Ay! Dios me libre, señora!
pues cuando á vuestro servicio
uno y otro me admitieron,
por condicion me impusieron
un enorme sacrificio.

EUGENIA. Cuál?

BRÍGIDA. El de no preguntar;
suceda lo que suceda,
no escuchar, estarme queda,
y á todo ver y callar.
Mirad pues, si os aventajo
en la cuita que os empeña;
siendo mujer, y á mas dueña,
callar es mucho trabajo.

EUGENIA. Y eso mi curiosidad
aviva mas aquí dentro...
y ¡en vano! pues solo encuentro
tinieblas, oscuridad...

BRÍGIDA. Señora, razon teneis
para vivir cuidadosa...
mas no para que afanosa
en tanto grado os mostreis.
Pese al misterio en que está
vuestra existencia velada,
¿no os veis aquí respetada,
servida... pues ¿qué mas da?

EUGENIA. Pero ¿cuáles pueden ser
las razones que hay aquí
para tratárseme así?

BRÍGIDA. Y ¿quién las puede saber?
Acaso deudo será
don Juan de vos.

EUGENIA. Sí lo fuera
no tan tenaz me encubriera
su apellido.

BRÍGIDA. Claro está.
¿Será vuestro hermano?
EUGENIA. Oh! no!
A serlo, no me hablaria
con tanta cortesania.
BRÍGIDA. Tutor vuestro!
EUGENIA. Qué sé yo.
Aquí siempre me han guardado
aquí siempre me han servido,
y aquí yo no he conocido
mas que á él y á su criado.
Dueña me dan para hablar
en su ausencia; mas si dudan
de ella, al momento la mudan,
y otra viene en su lugar.
Y así olvidada, escondida,
en esta triste ignorancia...
desde la iglesia á mi estancia
se pasa mi pobre vida.
BRÍGIDA. Señora... es mucha verdad;
y si en ello se repara,
hay hartas razones para
morir de curiosidad.
EUGENIA. Oh!... no comprendes tú bien
lo que es vivir de este modo:
esto de ignorarlo todo
sin que una respuesta den
que logre disminuir
este anhelo sin segundo,
es un dolor tan profundo
que no se puede sufrir.
Mas ya la paciencia mia
se apura con tanto afan:
apenas venga don Juan
le he de hablar con bizarria.
Y ya veremos, por Dios,
en la próxima emboscada,
él reservado, yo osada,
quién puede mas de los dos.
BRÍGIDA. ¡Cuidad, en nombre del cielo,
de no apurar demasiado
lo que tanto os dá cuidado,
no deis con todo en el suelo!

EUGENIA. Nada me inspira temor:
qué quieres... será capricho...
pero aunque él nada me ha dicho
yo sé que me tiene amor.
Alguna razon secreta
de tal modo le domina,
que aunque él hácia mí se inclina
su lengua tiene sujeta.
Y por si es asi, esperar
no quieren mas mis desvelos:
si calla... le daré celos,
¡los celos le harán hablar!
BRÍGIDA. Me place lo que os escucho:
el brio es para estos casos...
pero... atended!
EUGENIA. Oigo pasos.
BRÍGIDA. Él es!
EUGENIA. Sí? Me alegro mucho.

ESCENA IV.

EL DUQUE.—EUGENIA.—BRÍGIDA, *que se retira á un rincon.*

DUQUE. *(Desde el fondo.)*
Me dais, señora, licencia...
EUGENIA. ¿Podeis dudarlo, señor,
cuando es mi dicha mayor
hallaros en mi presencia?
DUQUE. Siempre el donaire, el encanto
en vos dispuestos están
para honrarme.
EUGENIA. Asi, don Juan,
me honrárais vos otro tanto.
DUQUE. Eugenia!... ¿me hablais de chanza?
¿honraros yo mas?
EUGENIA. Sí, á fé!
DUQUE. ¡Eso decis!... y con qué?
EUGENIA. Oh! con vuestra confianza.
DUQUE. Me teníais ya algo inquieto...
pues mi fé ¿no os la tributa?
¿no sois la dueña absoluta

de mi cuidado y respeto?

EUGENIA. No es bastante.

DUQUE. ¿Cómo asi?
¿Es que aqui mal os hallais...
ó aquí por desgracia echais
algo de menos?

EUGENIA. Sí... sí!

DUQUE. Pedid y no vacileis!
hablad!... y tened presente
que aunque el capricho lo invente,
cuanto me pidais tendreis.
¿Quereis galas? ¡bien por Dios!
¿servidumbre con esceso?
¡la tendreis!...

EUGENIA. No!... si no es eso...
¡me voy á enojar con vos!

DUQUE. Y ¿por qué?

EUGENIA. ¿Quereis que rompa
en duras quejas mi labio?
Pues bien, me haceis un agravio
proponiéndome esa pompa.
¿Por qué es mi enojo, decis?
porque una cosa os pregunto,
y vos la entendeis... y al punto
por otro lado salis.
Notad que esto es muy cruel,
y que cuando asi me hablais,
en mi seno derramais
copiosas gotas de hiel.

DUQUE. ¡Siempre la misma oracion!

EUGENIA. Y siempre vos tan callado.

DUQUE. Es que...

EUGENIA. Hablad!

DUQUE. Me está vedado...
perdonadme...

EUGENIA. No hay perdon!

DUQUE. Pues bueno... os complaceré:
preguntad si no os molesta;
si puedo os daré respuesta,
y si no... me callaré.

EUGENIA. Y en lo mismo quedaremos.

DUQUE. Por qué?

EUGENIA. Porque de ese modo

»no sé»—me direis á todo...
DUQUE. Segun pregunteis.
EUGENIA. Probemos.
DUQUE. Bien.
EUGENIA. De mi padre y señor
¿fuisteis amigo?
DUQUE. No, á fé.
EUGENIA. Cómo!
DUQUE. Del mio lo fué.
EUGENIA. Su calidad?...
DUQUE. La mejor.
EUGENIA. Su nombre?
DUQUE. Ese es un arcano.
EUGENIA. ¿Su patria?
DUQUE. La que ahora veis.
EUGENIA. Y vos ¿conmigo teneis
parentesco?
DUQUE. Algo lejano.
EUGENIA. ¿Os ocupais?
DUQUE. De mil modos.
EUGENIA. ¿Vivis...
DUQUE. Entre hombres muy duchos.
EUGENIA. Vuestro apellido?
DUQUE. Son muchos.
EUGENIA. Pero ¿el mejor...
DUQUE. Lo son todos.
EUGENIA. Con que ¿sois tan principal?
DUQUE. Como vos.
EUGENIA. Pues siendo asi
¿por qué me escondeis aquí?
DUQUE. Porque asi os conviene.
EUGENIA. ¿Hay tal!
Tengo enemigos?
DUQUE. Teneis.
EUGENIA. Son?
DUQUE. De alta gerarquia.
EUGENIA. ¿Adónde están?
DUQUE. Algun dia
tal vez, los conocereis.
EUGENIA. Lo estais viendo?
DUQUE. Qué os enfada?
EUGENIA. ¿A eso llamais contestar?
DUQUE. ¿Qué teneis que reprochar?

EUGENIA. Que aun no me habeis dicho nada.
DUQUE. A todo ¿no os contesté?
¿qué mas podeis exijir?
¿me habeis oido decir
ni una vez sola *no sé*?
EUGENIA. Pero es igual.
DUQUE. No, por Dios.
EUGENIA. Pues bueno, señor don Juan,
sabed que tengo un galan.
DUQUE. Lo sé.
EUGENIA. Cómo!
DUQUE. Antes que vos.
EUGENIA. Será cierto?
DUQUE. Nunca os miente
don Juan, y asi Dios os guarde,
como es cierto que esta tarde
le habeis visto.
EUGENIA. Exactamente!
DUQUE. Con que ya veis...
EUGENIA. Llego á ver
que no os alterais por eso.
DUQUE. No señora, os lo confieso.
EUGENIA. Si le amo...
DUQUE. No puede ser.
EUGENIA. Por qué?
DUQUE. Porque sois honesta,
y nunca podreis amar
al que aquí os viene á rondar
por el amor... de una apuesta.
Teneis mas de un enemigo
os dije... y ese importuno,
señora, es uno...
EUGENIA. ¡Ese es uno?
DUQUE. Pongo al cielo por testigo.
EUGENIA. ¡Qué decis!
DUQUE. Para los dos,
esto, señora, ha pasado;
pero vivid sin cuidado
que don Juan vela por vos.
No os duela lo que sucede...
ya os pondrá, por vuestro bien,
bajo el amparo...
EUGENIA. De quién?

DUQUE. De quien todo aquí lo puede.
EUGENIA. ¡Ay Dios! ¿parará esta lucha
en la triste reclusion
de un convento?
DUQUE. Hay vocacion?
EUGENIA. Me parece que no es mucha.
DUQUE. A esa duda que os azora
no deis en el alma entrada:
jamás será violentada
vuestra voluntad, señora.
EUGENIA. Y á preguntaros jamás
he de volver, caballero;
pues cuando mas saber quiero,
me confundis mas y mas.
DUQUE. Cumplid vos esa promesa:
vivid muy tranquila, y
dejadme el secreto á mí.
EUGENIA. Bien.
DUQUE. Vereis cómo no os pesa.
Os ruego que no penseis
en lo que tormento os dá,
pues todo se aclarará
cuando menos lo espereis.
(Oyense dos palmadas.)
EUGENIA. ¿Esa seña?
DUQUE. Es para mí:
recojeos descuidada
y no os ocupeis de nada
de lo que suceda aquí.
(Toma una luz doña Brígida, y se coloca junto á la puerta de la izquierda.)
EUGENIA. Pues ¿qué pasa?
DUQUE. Nada ahora:
ved que aguardándoos están...
EUGENIA. Muy buenas noches, don Juan.
DUQUE. Muy buenas noches, señora.
(El duque la acompaña hasta la puerta izquierda, y sale Perez por la del fondo.)

ESCENA V.

El Duque.—Perez.

Perez. Ahí están.
Duque. Bien: por la puerta
(Señalándola.)
que desde esa al campo dá,
no mas que á los cuatro gefes
la entrada franca dejad.
(Desaparece Perez por la puerta secreta.)

ESCENA VI.

El Duque.

Don Juan de Austria... ¡qué poco
á estas horas pensará
que en una casa harto humilde
del mas modesto arrabal
de Madrid, abro una mina
que en breve reventará!
Y no es fácil que en la corte
de mí puedan sospechar...
de mí, que entre todos paso
por el hombre mas glacial
é indiferente de España...
Seguro! le colgarán
el milagro al Condestable,
que es quien hoy codicia mas
vencer y sustituir
al ministro universal.
Es cierto que él solo cuenta
con fuerzas para luchar:
su apoyo le presta el
emperador aleman,
para que influya y trabaje
y acepte su magestad,
la mano de una princesa

de la familia imperial.
Esto es grave... pero en fin,
esto será ó no será.
Destruyamos el poder
hoy del hijo natural
de María Calderon,
porque es lo que importa mas.
Somos tres al saco... ¿quién
el saco levantará?
Los conjurados se acercan...
salga á luz el antifaz...
(Saca una mascarilla y se la pone.)
para que nunca conozcan
á su gefe. ¡A conspirar!
Cuento con buenos lebreles...
ya suben... bueno será
interceptar á las damas
por si vienen á escuchar.
(Entra y vuelve á salir por la puerta de la izquierda dejándola cerrada; entre tanto salen por la secreta Perez y cuatro embozados.)

ESCENA VII.

El Duque.—Perez.—Los Conjurados.

Duque. *(A Perez.)* Cerrad bien todas las puertas,
y si alguien ronda, avisad.
(Se retira Perez por la puerta del fondo dejándola cerrada. El Duque se coloca en medio de los conjurados, y dice)
Cárlos...
(Todos se quitan los sombreros.)
y Buenaventura.
(Los conjurados hablan al oido del)
Duque. Esa misma es la señal.
Señores... llegó el momento
de poner por obra el plan
que os he trazado. Vos, Mendez,
idos pronto á colocar
entre la guarda alemana,
que como estrangera, está

anhelando dar su apoyo
al que grite y pague mas.
Vos, Ramirez, que al comercio
de Madrid representais,
las sumas que hemos pactado
para esta noche aprontad.
Vos, Gil, las distribuireis,
sin que falte un solo real,
al tenor de lo que reza
este papel: y vos, Blas,
con los vuestros á los barrios
id al momento, y sembrad
la alarma.—Decid que el precio
exorbitante del pan
mañana será mayor:
que acaban de envenenar
al infeliz Marcos Diaz,
el de la calle Imperial,
por el enorme delito,
de atreverse á denunciar
los desafueros y abusos
del ministro universal,
en un escrito. Que salgan
con brio, sin vacilar;
y que griten ¡viva el Rey!...
y el condestable!... ademas.
Las armas las tiene Mendez
y los parques franqueará:
Ramirez, Gil, el dinero
abundante; con que, Blas,
haced que caigan los barrios
sobre la villa, y obrad
los cuatro en combinacion,
que Dios nos protegerá.
Y pues tantos elementos
su firme apoyo nos dán,
para esta noche á la una
que estalle la tempestad.
(Sale Perez por el fondo.)

ESCENA VIII.

El Duque.—Los Conjurados.—Perez.

Perez. Señor?
Duque. Qué es ello?
Perez. En la calle
he visto á un hombre que está
rondando: de ese balcon
logró una escala colgar
y se dispone á subir...
Duque. *(A los conjurados.)* A la una!... despejad.
(Perez y los conjurados se retiran por la puerta secreta. El Duque se emboza y se coloca cerca del balcon, de modo que al abrirse las maderas quede oculto. Despues que aparece el nuevo personage, las cierra y se sitúa delante de la puerta del fondo, sin que hasta á su tiempo lo note el recien llegado.)
Este, como si lo viera,
es el apuesto galan
que así acomete aventuras
como aspira á gobernar.

ESCENA IX.

El Duque.—El Condestable.

Condest. No hay nadie... Soberbio! Entré.
Veremos si esa hermosura
es esta noche tan dura
como esta tarde lo fué.
Dícenme que está guardada
por su dueña y rodrigon...
lo que es en esta ocasion
no tendrá que hacer la espada.
Por un viejo que se acuesta...
y una dueña melindrosa
que será muda, no es cosa
de que yo pierda una apuesta.

(Repara en el Duque.)
Hola!... Os conozco, señor:
(el vejete está que pasma!)
¿Venís haciendo el fantasma
para infundirme pavor?
Reparad bien lo que haceis,
que si al fantasma acometo,
del antifaz os prometo
que á usar mas no volvereis.

DUQUE. *(Adelantándose y desenvainando la espada.)*
Puesto que sois tan feroz,
probadlo.

CONDEST. Me equivoqué.
¿Quién sois?

DUQUE. Reñid!

CONDEST. Reñiré;
mas yo conozco esa voz.
(Riñen.)

DUQUE. Conoced tambien mi acero.

CONDEST. Os juro que os pesará.

DUQUE. Tengo razon.

CONDEST. No os valdrá.

DUQUE. *(Desarmándole.)*
Os desarmé, caballero!

CONDEST. ¡Vive Dios! ¿Qué llego á ver?...

DUQUE. *(Levantando la espada y entregándosela.)*
Tomad, que no os la arrebato;
y reparad que no os mato
porque aun os he menester.

CONDEST. Luego ¿sabeis quién soy yo?

DUQUE. Apenas aquí me es dable
conocer al Condestable...
porque á mucho descendió.

CONDEST. Mas ¿quién sois?

DUQUE. Os he vencido:
aquí venís disfrazado,
y yo lo estoy: sepultado
quede todo en el olvido.

CONDEST. ¿Es decir que os interesa
el silencio...

DUQUE. Mucho, sí;
y á vos algo mas...

CONDEST. ¿A mí!

DUQUE. Os he vencido en la empresa.
Mas si vuestra obstinacion
tanto conocerme ansía,
venid á verme de dia...
y no entreis por el balcon.
Que aunque me precio de fiel
y con vida ahora salís,
si otra vez por él subís,
os he de arrojar por él.

CONDEST. No hagais de valor alarde,
porque vos ahora conmigo...

DUQUE. Yo sé que haré lo que digo,
y que vos no sois cobarde.
Será bien que os retireis:
(Señalando á la puerta del fondo.)
por aquí habeis de bajar,
pues os quiero acompañar
hasta que en la calle esteis.

CONDEST. Os agradezco el favor,
y admiro vuestra cordura.
¡Mal me salió esta aventura!

DUQUE. Pues otra os saldrá peor.

CONDEST. ¿Cuál?

DUQUE. No os puedo decir mas.

CONDEST. (Esta voz...!)

DUQUE. Id muy despacio...
(Mientras que el Condestable sale por la puerta del fondo, aparece Perez por la secreta, y el Duque le dice bajo)
Perez, mañana á palacio
á Eugenia conducirás.
(Váse detrás del Condestable, y cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Despacho de Don Juan de Austria, en el palacio del Buen-Retiro.—Puerta en el fondo y otra á la izquierda del actor, ambas con colgaduras. En el centro la gran mesa de despacho con papeles en el sitio de la presidencia y sillones al rededor. En las primeras cajas, y á derecha é izquierda, las mesas de los secretarios. Al levantarse el telon aparecen estos escribiendo, y á poco dejan de trabajar.

ESCENA PRIMERA.

SECRETARIOS 1.° Y 2.°

SEC. 1.° Acabásteis?
2.° Acabé.
(Se levantan y reunen en el centro de la escena.)
1.° Mucho tarda su escelencia,
y hay harto que despachar.
2.° Sospecho que nos espera
una noche toledana.
1.° Y ¿cómo ha de ser?... paciencia!
2.° Es verdad; hemos nacido
para sufrir y hacer letras.
1.° Pues no sé cómo el ministro
tarda tanto en dar la vuelta
teniendo que presidir
esta noche la asamblea.

2.° Cómo! ¿Consejo esta noche?
1.° Yo he estendido las esquelas.
2.° Ay!... entonces es probable
que la aurora nos sorprenda...
1.° Nada de eso, compañero,
la junta va á ser secreta.
2.° Secreta? Me alegro mucho.
1.° Vienen á la conferencia
el famoso Condestable,
y Medinaceli...
2.° ¿Hay gresca?
1.° No sé; pero este consejo
sin duda es de trascendencia.
Se dice que el Condestable
con el influjo de Viena
para las bodas del Rey
toda la intriga maneja.
El señor ministro advierte
que van ganándole tierra,
y les largará esta noche
con su militar franqueza
una de esas andanadas
que de cuando en cuando suelta.
2.° ¿Tambien á Medinaceli?
1.° Tambien, porque se sospecha
que el Duque y el Condestable
llevan la partida á medias.
2.° Calumnias! El señor Duque
en nada aquí sale ni entra,
y ya sabeis que en la corte
es probervial su pereza.
1.° Puede ser que yo me engañe,
y que otro el objeto sea...
Pero... mirad al buen Duque
(Este aparece por la puerta del fondo.)
á pesar de su indolencia.
2.° Pues esta es la sola vez
que es el primero que llega.

ESCENA II.

El Duque.—Los Secretarios.

Duque. Muchachos, muy buenas noche.
1.° y 2.° Tenedlas, señor, muy buenas.
Duque. Se trabaja?
1.° Concluimos
hace poco la tarea...
Duque. Y su escelencia ¿no está?
1.° No señor... y harto nos pesa.
Duque. Por qué?
1.° Porque ved ahí
(Señalando á la mesa del centro.)
el fárrago que aun le queda
por despachar, y tememos
que hasta el dia aquí nos tenga.
Duque. *(Se aproxima á la mesa, y disimuladamente y con rapidez examina los papeles.)*
¿Todo esto? ¡pobres muchachos!
(El tratado de Nimega
y partes de Cataluña...)
Hombre... ¡qué bonita letra!...
(¡Ha caido Puigcerdá
bajo las armas francesas!...)
¡Hay para rato con esto...
plegue á Dios que tengais fuerzas!
(Pues si en Madrid vamos mal,
no vamos mejor por fuera.)
Decidme ¿qué hay por aquí
esta noche? Están las puertas
perfectamente guardadas
y con dobles centinelas...
1.° Lo ignoramos... precauciones
por si hay alguna revuelta.
Duque. Revueltas?... quién piensa en eso?
1.° Nada de estraño tuviera...
Duque. Sí, eh?... Ya se ve, me ocupo
tan poco de esas materias...
Y el consejo de esta noche
¿cuándo y dónde se celebra?

1.° El dónde, en este lugar:
el cuándo, á las doce y media.

DUQUE. ¿Las doce y media?... por Cristo
que está mi pobre cabeza
no sé cómo... Si creí
que era antes... Vaya, aun me queda
tiempo para conversar
en la antecámara régia
con los monteros... Adios
señores.

1.° Con él vuecencia
vaya tambien.

DUQUE. (Hasta ahora
por aquí nadie sospecha...)
(Desaparece por el fondo.)

ESCENA III.

LOS SECRETARIOS.

2.° Lo veis? De nada se cuida.

1.° Pues mirad, no faltan lenguas
que dicen que aspira á mucho,
y que bajo esa apariencia
de distraccion, es muy hombre,
y sabe lo que se pesca.

2.° Calumnias! Os lo repito:
le he servido muy de cerca,
y sé que no le entretienen
las intrigas palaciegas.

1.° Será así, de eso á nosotros
¿qué se nos da?

UGIER. *(Levanta la colgadura del fondo y dice)*
Su escelencia!

1.° A nuesto sitio... ahí está!

2.° ¡Plegue á Dios que alegre venga!
(Se colocan como aparecieron al principio del acto. Don Juan de Austria sale por la puerta del fondo: se dirige á su mesa de despacho: toma de ella varios papeles, se pasea y dicta á la vez á los dos Secretarios.)

ESCENA IV.

DON JUAN.—LOS SECRETARIOS.

(Estos se levantan al entrar don Juan, y á una seña del mismo vuelven á sentarse.)

D. JUAN. *(Al secretario 1.º)*
Al gobernador de Oran.

Al 2.º

Al conde de Monte-rey.

Al 1.º

Manda el Rey, nuestro señor,
que en su Real nombre os de...

Al 2.º

Con profundo desagrado
llego, buen conde, á saber...

Al 1.º

las gracias por la victoria
con que ganais tanta prez...

Al 2.º

que por no ser mas activo,
ó por no entenderlo bien...

Al 1.º

desde esa plaza de Oran
sobre la morisma infiel.

Al 2.°

habeis dejado que os entre
por la Cerdaña el francés.

Al 1.°

Seguid por tan buen camino,
y yo os prometo á mi vez...

Al 2.°

Si al momento á Puigcerdá
no arrancais de su poder...

Al 1.°

que tales hechos de armas
siempre en memoria tendré.

Al 2.°

del mando de Cataluña
sereis responsable al Rey.—

Al 1.°

¿Con el de Oran acabásteis?
1.° Cuanto habeis dicho.
D. Juan. Leed.
1.° *(En pié.)*
»Manda el Rey, nuestro señor,
que en su Real nombre os de
las gracias por la victoria
con que ganais tanta prez
desde esa plaza de Oran
sobre la morisma infiel.
Seguid por tan buen camino,
y yo os prometo á mi vez,
que tales hechos de armas
siempre en memoria tendré.»
D. Juan. Eso mismo: dadme acá.

(Al 2.° mientras firma.)
Qué habeis puesto á Monte-rey?

2.° *(Se levanta.)*
»Con profundo desagrado
llego, buen conde, á saber,
que por no ser mas activo
ó por no entenderlo bien,
habeis dejado que os entre
por la Cerdaña el frances.
Si al momento á Puigcerdá
no arrancais de su poder,
del mando de Cataluña
sereis responsable al Rey.»

D. Juan. *(Firmando el pliego que le entrega el secretario 2.°)*
Parece que se ha dormido...
pues yo le dispertaré.

Al 1.°

Al embajador en Roma
en otro pliego poned
al punto.

Ugier. *(Aparece por la puerta secreta y dice:)*
Su magestad!

D. Juan. A estas horas aquí el Rey?
(A los secretarios.)
Despejad.—Cesó el despacho:
por la mañana volved.
(Se retiran los Secretarios por el fondo. Don Juan guarda los papeles en un cajon y se adelanta á recibir al Rey.)

ESCENA V.

El Rey.—Don Juan de Austria.

D. Juan. ¿Por qué estraña novedad
y en hora tan avanzada
á honrarme en esta morada
viene vuestra magestad?

Rey. Don Juan... me trae desvelado

un asunto que os diré...
Dadme una silla... porque
á la verdad me he cansado.

D. JUAN. *(Acercando un sillon que ocupa el Rey.)*
Mejor y mas oportuno
fuera haberme hecho llamar
si me queriais hablar...

REY. Es que allá tanto importuno
hay siempre en torno de mí,
que como anhelaba hablaros
á solas y sin reparos
venir acá preferí.

D. JUAN. Si así á vuestra voluntad
cumple, la acato y venero...
Señor, que os digneis espero
revelarme...

REY. Sí, escuchad,
y hacedlo con atencion,
pues no podré, lo confieso,
resistir de hoy mas el peso
que abruma mi corazon.
Bien quisiera no tener
estos, que son en su esencia
escrúpulos de conciencia...
pero eso no puede ser;
porque con aspecto vario
me siguen, y crudo encono,
desde las gradas del trono
hasta el lecho solitario.

D. JUAN. Dad treguas á vuestro afan...
por nada os atormenteis,
que aqui no en vano teneis
á vuestro hermano don Juan.
Señor... si así os ven ¡por Dios,
que cundirá la cizaña!
y no olvideis que la España
su esperanza funda en vos.

REY. Pues eso viene á aumentar
doblemente mi inquietud...
Yo de mi España salud...
¡y no podérsela dar!
¡Ay Dios!... ¡el gobierno... sí!
es carga tan superior...

D. Juan. Acaso teneis, señor,
desconfianza de mí?
Rey. No!... don Juan, no! De vos creo,
y en mi nombre os lo aseguro,
que es vuestro intento el mas puro
y el mejor vuestro deseo.
Mas siendo vos tan mi amigo,
y mi confianza mucha,
aquí... sostengo una lucha
que en tierra va á dar conmigo.
Juzgad con meditacion,
cuando conozcais mi estado,
si para hallarme agoviado
me falta ó sobra razon.
Dicen que anda bullicioso
el pueblo... y que al cielo clama!
que conjuraciones trama
porque está menesteroso:
que en la cárcel murió un tal...
Marcos Diaz, por haber
querido hacerme saber
no sé qué, en un memorial:
que el pueblo de esto murmura,
y á su monarca condena...
y esto que dicen, me llena
el corazon de amargura.
Rechazo la acusacion:
á oirla vuelvo... me ofusco,
y falto de aliento busco
amparo en la religion.
D. Juan. Solo puedo responderos,
que no os lograreis curar,
mientras deis en escuchar
á tan varios consejeros.
¡Los comprendo, por quien soy!
y observo, aunque de pasada,
que os acordais poco ó nada
de los consejos que os doy.
Y os lo prevengo: así no
es posible gobernar;
¿quién os ha de aconsejar?
¿han de ser ellos, ó yo?
Rey. Hermano!... que tal dudeis?

D. Juan. (No se atreve á desairarme...)
Señor!... nuevamente á honrarme
con vuestra bondad volveis.
Y ya que lo haceis así,
desechad todo cuidado
dejándome del Estado
las amarguras á mí.
Que yo de cualquiera modo
siempre inflexible, constante,
alcanzo fuerza bastante
para resistirlo todo.
Y á todos daré la cara,
y escucharán la voz mia...
¡Ay de vos, señor, el dia
que don Juan de Austria os faltara!
Dicen que el pueblo se inquieta
y que en breve se alzará...
¡el pueblo tranquilo está
y á su Rey ama y respeta!
Mas si dá en ser turbulento
y osado levanta el grito...
tan grande como el delito,
señor, será el escarmiento.
Y lugar no dará, no,
á que la justicia aplique...
no hay miedo que rompa el dique
en tanto que mande yo.
Plebeyo ó de la nobleza,
quien no acate de rodillas
al Rey de las dos Castillas,
le ha de costar la cabeza.

Rey. Y ¿podremos ver jamás
eso con ojos serenos...

D. Juan. Perezcan, señor, los menos
por la salud de los mas.

Rey. Mucho ese anuncio me daña...
porque es horrible... Obligado
en breve á tomar estado,
á dar una reina á España:
cuando por esto vendrán
nuevas fiestas, regocijos...
si castigais á mis hijos,
mis bodas maldecirán.

D. JUAN. No pretendo hacer odioso
vuestro gobierno, señor;
sino tratar con rigor
al que nos turbe el reposo.
No obstante, una conferencia
con el consejo hoy tendré,
y cuanto yo alcance, haré
por calmar vuestra conciencia.

REY. Os dejo, don Juan amigo,
y os ruego que me cumplais
la palabra que me dais.

D. JUAN. El cielo será testigo.

REY. Quedaos aquí.

D. JUAN. Señor, no!
Acompañaros resuelvo.

REY. (¡Con iguales dudas vuelvo!)

D. JUAN. (Lo que hay que hacer, lo sé yo.)
(Se retiran por la puerta secreta y asoma el Duque la cabeza por detras de la colgadura del fondo.)

ESCENA VI.

EL DUQUE.

Lo mismo se va que vino
el buen monarca español:
así á mi objeto conviene,
y así lo esperaba yo.
Ni don Juan, ni el Condestable,
sospechan de mi intencion:
don Juan, porque al Rey domina,
cree que al Rey es superior:
el otro, del aleman
lleva en la corte la voz...
y siendo bien malo el de Austria,
y el Condestable peor,
antes que nos hundan ambos
yo debo hundir á los dos.
Preparado está el terreno,
y aseguro... Oigo rumor...
Los consejeros serán
que vienen á la reunion.

ESCENA VII.

El Duque.—Consejeros, 1.°, 2.°, 3.° *y* 4.°

Cons. 1.° ¡Señor don Juan de la Cerda...
Duque. Señores, que os guarde Dios.
Y ¿qué tal? venis dispuestos
para escuchar el sermon?...
Cons. 2.° Veremos...
Duque. Y el Condestable?
Renuncia al supremo honor
de ilustrar con sus consejos
al ministro?
Cons. 3.° Creo que no,
porque hace poco, en palacio
le he visto.
Duque. Tanto mejor;
con eso seremos mas...
Cons. 4.° Miradle!...

ESCENA VIII.

El Duque.—El Condestable.—Los Consejeros.

Condest. ¿Aun no principió
el consejo?... Adios, señores.
Cons. 1.° Llegad en buena hora.
Condest. Oh!
pensé que tarde lo hacia.
Duque. Pues ya estais viendo que no.
Condest. Señor Duque!... ¿Vos aquí...
(cielos!... es la misma voz...)
Me asombra, Medinaceli,
veros tan fiel servidor...
Vos que de nada os cuidais
¿cómo aquí en esta ocasion?
(Mientras el Duque habla, el Condestable da muestras de inquietud.)
Duque. ¿Qué quereis? con tanto apremio
su escelencia me citó,

que el no venir, fuera ya
declararse en rebelion.
Y como el ministro es hombre,
que solo tiene de Dios,
lo de dar ciento por uno...
comprendereis la razon.
Y á la verdad que no alcanzo
por qué interes me llamó;
pues al consejo supremo,
desde que individuo soy,
de las tres veces que asisto
me suelo dormir las dos.
Pero ¿qué teneis?

CONDEST. ¿Qué tengo...

DUQUE. Habeis perdido el color...
¿Estais indispuesto...

CONDEST. Duque...
no estrañeis mi turbacion...
Vuestra voz... ¿habeis estado
esta noche... Pero... no!
es imposible... esa calma...
perdonad... será ilusion.

DUQUE. Mas ¿qué es ello...

CONDEST. Una aventura,
que á estar de mejor humor,
os la habia de contar.

DUQUE. ¿Seguis siendo campeon
de aventuras?

CONDEST. Por apuesta,
era ya un lance de honor...

DUQUE. Ganásteis?

CONDEST. No... ganaré.

DUQUE. Esperanzas teneis?

CONDEST. Oh!

DUQUE. Cuidad que las aventuras...
las aventuras de amor,
no son las que dan mas crédito
en vuestra alta posicion.
El Rey no gusta de lances...
y ya veis... será un dolor...

CONDEST. Jamás tales aventuras
ascienden á esta region.

DUQUE. Es un consejo de amigo...

CONDEST. Que os agradezco, señor.
(Don Juan vuelve por la puerta secreta.)

ESCENA IX.

EL DUQUE.—DON JUAN.—EL CONDESTABLE.—LOS CONSEJEROS.

TODOS. El ministro.
D. JUAN. El cielo os guarde:
perdonad mi detencion,
que en hora tan avanzada
no es agradable en rigor.
Tomad, señores, asiento,
y oidme con atencion.
(Don Juan ocupa la presidencia: los demas se sientan indistintamente. El Duque se coloca en uno de los sillones que esten mas á la vista del público.)
Los asuntos de esta noche
atañen á lo interior
del reino, cuyos destinos
por el Rey dirijo yo.
Convendrá que antes de todo
el tesorero mayor,
del estado del erario
al consejo dé razon.
CONS. 1.° Nunca un estado mas próspero
el real tesoro logró
como hoy tiene. Los impuestos,
aunque en su recaudacion
ofrecen dificultades,
se van cobrando á favor
de providencias benignas.
Examinad estos dos
estados de la cobranza...
(Presenta á don Juan unos papeles, quien ligeramente los revisa y pasa á las manos de los demas: cuando llegan á las del Duque, los tira sin mirarlos sobre la mesa.)
Ademas, ya fondeó
la flota de las Américas

en Cádiz y en el Ferrol.

D. JUAN. Es decir que el real tesoro
los tributos recaudó.
El consejo lo celebra,
pues sin exaccion mayor,
podrá hacer frente el gobierno,
cuando llegue la ocasion,
á las bodas del monarca
cual cumple al nombre español.

DUQUE. ¿Es cosa ya decidida?

D. JUAN. Para esta grave cuestion
ilustrar como conviene,
el consejo se reunió.

CONS. 1.° Velando vos como nadie
por el bien de la nacion,
mi opinion siempre irá unida
á la que tuviéreis vos.

DUQUE. (Como que es su tesorero...)
Siendo cuestion de interior
el matrimonio del Rey,
deberá ser la eleccion
del Rey, espontánea y libre,
sin que intervengamos nos.
El Rey es el que se casa...
no ha menester de tutor
porque es de mayor edad,
y tiene mucha instruccion
y amor á todos sus hijos
para escojer lo mejor.
Por tanto: ruego al consejo
que se adopte mi opinion,
porque el casar... siempre ha sido
cosa grave... salvo error.
He dicho.—
(Arrellánase en el sillon y á poco se queda como dormido.)

CONDEST. *(Con calor.)*
Pues yo diré,
aunque no opine con vos,
que se debe aconsejar
al Rey acepte la union
de la clara Archiduquesa
hija del Emperador.

Nos conviene esta alianza
estrechar, porque si no
dificilmente podremos
volver á la posesion
de los antiguos estados
de la Flandes y el Tirol.
El trono recobrará
su primitivo esplendor
con el aplauso de todos...
porque os advierto que soy
el eco fiel de la corte
y á mas, del pueblo español.
Todos fundan esperanzas
en esta grave cuestion,
y las fundan con justicia
porque son de España en pro.
Asi lo pide la corte,
y asi lo exije la voz
del pueblo menesteroso.
¡No irritemos su furor!
pues lo contrario, será
fomentar la sedicion.

D. Juan. *(Dando un puñetazo sobre la mesa.)*
Condestable! os aseguro
que la espero sin temor.
Y ya que tan claramente
á vuestro oido llegó
de la corte y pueblo el eco,
podeis contestarle vos
que nunca olviden que el de Austria
tiene fuerza y corazon;
y que si audaces se oponen
al paso del vencedor,
hará caer las cabezas
de todos... ¡sin distincion!

Condest. Reparad...

D. Juan. Con todos hablo.
El consejo concluyó.
(Todos se levantan menos el Duque que permanece inmóvil. Don Juan los saluda con frialdad, y se retiran silenciosamente por el fondo.)

ESCENA X.

El Duque.—Don Juan.

D. Juan. Condestable... ya os pondré
donde á ver no os vuelva el sol,
ni escucheis de pueblo y corte
el eco amenazador.
(Repara en el Duque.)
Pero el Duque, como suele,
se ha dormido... ¡vive Dios!
Si todos como él durmieran,
no velára tanto yo.
¿Señor Duque?
Duque. ¿Eh?... ¿Y el consejo...
D. Juan. Cumplís vuestra obligacion
con esmero.
Duque. Qué quereis?
Al apacible rumor
de los discursos, amigo,
me duermo como un liron.
D. Juan. ¿Es posible que os halleis
tan escaso de vigor,
que no sigais en política
de entre tantos un pendon?
Duque. No gusto yo de pendones.
D. Juan. Pereza? altivez?
Duque. Las dos.
D. Juan. Qué!... no sois del Condestable
partidario?
Duque. Buena pro
les haga.
D. Juan. Tampoco mio?
Duque. Tampoco.
D. Juan. Entonces ¿qué sois?
Duque. Soy Duque... y grande de España
por derecha sucesion
bien hará su par de siglos...
(El reló de palacio dá la una. Los centinelas corren la voz de alerta.)
La una!... Don Juan, adios...

que esta hora es mala hora.
(Suenan á lo lejos repetidos disparos de arcabucería: las campanas tocan á rebato, y se percibe el confuso clamoreo de un levantamiento popular. El Duque dice aparte con reconcentrada alegría)
(Ah!)

D. JUAN. Qué es eso...!

DUQUE. Qué se yo.
Eso se parece mucho
á un levantamiento atroz!

D. JUAN. Vive el cielo! Capitan!
Oh!... el Condestable...

ESCENA XI.

D. JUAN.—EL DUQUE—UN CAPITAN.

CAPITAN. Señor!
los barrios amotinados
se acercan en confusion.

D. JUAN. Recibidlos con metralla...
¡sientan mi justo furor!
Mis armas y mi caballo!
Capitan, seguidme vos.

ESCENA XII.

EL DUQUE.

La tierra se desmorona
bajo tus piés.... ¡Ya se armó!
Muy bueno: vamos á ver
la fiesta desde un balcon.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon de palacio: una ancha galería en el fondo, y la puerta de la capilla Real. A la derecha, en el salon, la cámara del Rey. Al levantarse el telon, aparece el Duque paseándose en el salon: las puertas de la capilla se abren, y se descubre parte del interior iluminado: el Rey sale rodeado de su servidumbre y del clero que le acompaña hasta la puerta de la capilla.

ESCENA PRIMERA.

El Rey.—El Duque.

Duque. Ya de la santa capilla
con su régia servidumbre,
vuelve, segun es costumbre,
el monarca de Castilla.
Con eso y con que el motin
haya un momento cesado,
creerá el buen Rey que hemos dado
á nuestras desdichas fin.
Vencida la rebelion,
se lleva el otro la palma...
Oh!... debo hablarle... y ¡al alma!
no hay que perder la ocasion.
Salirle al encuentro quiero
y sondear su abatido
corazon, ya que he venido

hoy á palacio el primero.
(El Rey se adelanta, los cortesanos que le preceden entran en la cámara; los demas se retiran poco á poco por la galería.)

REY. ¿En palacio tan temprano?
Venís en buena ocasion.
¿Se calmó la sedicion?

DUQUE. Ya la venció vuestro hermano...
Y se da tan buena traza,
y tan divertido está,
que en breve levantará
un cadalso en cada plaza.

REY. Cómo!

DUQUE. Estas las nuevas son
que aquí me dan de su porte...
¡Pronto llenará la corte
de luto y consternacion!

REY. Del pueblo, dice don Juan,
que es harto grave la culpa.

DUQUE. Cierto; no tiene disculpa...
mas si al que no tiene pan
y porque indignado grita,
se le castiga de aleve,
¿qué castigo darse debe,
señor, al que el pan le quita?

REY. ¿Qué me decís!

DUQUE. La verdad
pura sin temor ni saña:
vuestro hermano, para España
es una calamidad.
Y en tanto que en la nacion
tan supremo cargo ejerza,
se sostendrá con la fuerza,
pero no con la razon.
Su voluntad vence aquí
por sus fieros y sus bravos...
y esta tierra... no es de esclavos
para que se mande así.
Yo cumplo con un deber
cuando este mal os advierto.

REY. Sí, Duque, será muy cierto;
pero ¿qué le hemos de hacer?

DUQUE. ¿Qué, señor? Es muy sencillo:

decidle que no os agrada
su gobierno...

REY. ¿Y si se enfada?

DUQUE. Le encerrais en un castillo.

REY. Duque!... ese golpe de estado
no conviene...

DUQUE. No conviene?
Pues el carácter que tiene
el de Austria ¿acaso es sagrado?
Señor... vuestra Majestad,
perdonadme que os lo diga,
no tiene una voz amiga
que le haga oir la verdad.
Solo á su ministro escucha,
y por eso, y con razon,
le teneis en opinion
de que es su importancia mucha.
Mas bueno será que vea
que ya amigo, ya adversario,
no hay nadie aquí necesario
por chico ó grande que sea.

REY. Duque... ¡mi estado es cruel!
Decís que solo á él escucho,
y él se quejaba no ha mucho
de que á otros oigo y no á él.
Y tal es mi confusion
entre tanto ir y venir,
que no sé á quién he de oir...

DUQUE. Al que tenga mas razon.
Vuestra Majestad alcanza
talento bien despejado
para saber á qué lado
debe inclinar la balanza.
Y si consultais los hechos,
ellos os demostrarán
que hoy ha perdido don Juan
su crédito y sus derechos.

REY. ¿Es cierto?

DUQUE. Anoche os juró
que el pueblo tranquilo estaba;
y mientras que esto afirmaba,
el pueblo se amotinó.
Tambien os dijo en mal hora

que el consejo reuniria,
y de calmar trataria
el noble afan que os devora.
Y solo allí dió á entender
que en el plan que se ha propuesto.
no ha de cambiar de bisiesto
mientras que tenga poder.

REY. ¡Eso dijo?

DUQUE. Es execrable
su rigor... ¡Dios es testigo!
Mas de todo lo que os digo
preguntad al Condestable.
Porque en consejo... y no mucho
de su desafuero habló...
en la torre le encerró
de los Lujanes...

REY. Qué escucho!

DUQUE. Y ¿pensais que es aquí solo
perjudicial su poder?
Por fuera ha llegado á ser
mayor la desgracia, el dolo.
Decid si cuenta don Juan
en su gobierno otra gloría
mas que una fácil victoria
contra los moros de Oran.
Mas nada desde que empuña
el timon, tiene envidiable.
De Italia, decidle que hable,
de Flandes, de Cataluña.
Nuestras relaciones rotas
no se anudan en lo esterno:
¡los dias de su gobierno
se cuentan por las derrotas!
Mal que pese á su arrogancia,
y aunque él nunca os lo dirá,
(Bajando la voz.)
ha caido Puigcerdá
bajo las armas de Francia.
A la vez vuestro cuñado,
el rey Luis catorce, entró
en Flandes, y arrebató
á España el Franco-Condado.
Y á tanto su apuro llega,

que ya con humilde faz
acepta por tener paz
el tratado de Nimega.
¿Es este el estraordinario
hombre que teneis aquí?
¿puede ser quien manda así
para nada necesario?

REY. Oh! callad... que me llenais
de dolorosa amargura
con esa horrible pintura
que de mi España trazais.

DUQUE. Bien sé que daño os hará;
pero á decirlo me obligo,
porque si yo no os lo digo
ninguno aquí os lo dirá!

REY. Me trastornan tales nuevas...
mas, Duque, ¿serán verdad?

DUQUE. Sí ¡por desgracia! mirad,
señor, mirad esas pruebas!
(Le da unos papeles que el Rey examina rápidamente.)

REY. Medinaceli... ¡qué horror!
¿Con que á tal punto han llegado
las desgracias del estado?

DUQUE. Exactamente, señor.

REY. Aconsejadme... no sé
de qué manera...

DUQUE. Mandad
que se ponga en libertad
al Condestable.

REY. Sí haré.

DUQUE. Y sin temor, sin reparo,
cuando el de Austria se os presente
y sus hazañas os cuente,
significadle bien claro
que está vuestra magestad
cansado ya de su mando,
el cual os va conquistando
la pública odiosidad.

REY. Y ¿qué mas?

DUQUE. Os aseguro
que hay con ello suficiente
para domar su ascendiente...

¿Lo hareis, señor?

REY. Os lo juro.

DUQUE. Aunque ya escuchásteis harto,
ruégoos que oigais indulgente
otro asunto diferente.
El Rey don Felipe Cuarto,
vuestro padre y mi señor,
al mio queriendo honrar,
dióle una niña á guardar
fruto de un lance de amor.
A uno y otro, años pasando,
llevó el cielo para sí,
y yo de la niña aqui
de entonces quedé velando.
No he perdonado inquietud
por cumplir mi obligacion,
nutriendo su corazon
de la mas pura virtud.
Mas como ya de su abril
principia á rayar la aurora,
y, sin saberlo, atesora
donaires y gracias mil,
tal vez la murmuracion,
si observa que yo entro á vella
el vulgo, pudiera de ella
menoscabar la opinion.
Por tanto...

REY. Y ¿á dónde está?

DUQUE. Señor, con vuestra licencia,
ante vuestra Real presencia
conmigo parecerá.

REY. Es de estirpe soberana
y la debo proteger.

DUQUE. Cumplis un santo deber,
porque al fin es vuestra hermana.
Y pues que vencidas todas
las dificultades vemos...
y acaso en breve tendremos
que celebrar vuestras bodas...
pudiérais desde hoy, señor,
complacer vuestro deseo,
concediéndola el empleo
de camarera mayor.

REY. Que cuente desde hoy con él.
Para vos ¿no pedís nada?
DUQUE. A mí... solo ser me agrada
vuestro súbdito el mas fiel.
REY. No!... mi amigo... Mas... ¿qué ruido?...
DUQUE. Los de la corte serán...
tal vez con ellos don Juan
vendrá haceros el cumplido.
REY. *(Dirigiéndose á la cámara.)*
En mi cámara le espero.
DUQUE. Bien, señor; y no olvideis...
REY. Medinaceli, vereis
si es hoy don Cárlos severo.

ESCENA II.

EL DUQUE.

Si cumple lo que promete,
se realizaron mis sueños:
si no... será el Condestable
la víctima del guerrero.
Mas si el Condestable vence
y al ministro quita el puesto,
en la cuestion de la boda
perderá su valimiento.
A Eugenia tengo en palacio,
y entre el galan y yo, pienso
que será mio su influjo...
si me equivoco... ¡laus deo!
De todos modos me espongo
á ganar mucho, y si pierdo
nos quedamos como estábamos...
Es, pues, aceptable el juego.

ESCENA III.

El Duque.—Los Cortesanos.

Cor. 1.° Digoos que el buen Condestable
de esta vez perdió el terreno,
y que el bravo don Juan de Austria
sin andarse con rodeos,
con él en la plaza pública
piensa hacer un escarmiento.
2.° Imposible! ¿á un Condestable
de Castilla?
1.° Y ¿qué tenemos?
no será si tal sucede
el Condestable primero,
pues don Alvaro de Luna
lo fué y murió!
2.° Sí, muy cierto.
Cor. 1.° Bah!... no hay que tenerle lástima:
¿por qué no se ha estado quieto?
la ambicion tiene esas quiebras.
El morirá en alto puesto.
Señor Duque!... ¿ya en palacio...
huélgome mucho de veros...
Duque. Conque ha sido el Condestable
el gefe del movimiento.
Cor. 1.° Es claro!... ¿quién si no él?
es ambicioso, resuelto...
Duque. Jesus!!... Y ¿el motin cesó?
Cor. 1.° Oh!... si señor; por completo:
ya conoceis al ministro...
Duque. Mucho!... es todo un Oliveros.
Mas por si acaso, he venido
á refujiarme acá dentro...
pues ya sabeis que nos mira
con cierto cariño el pueblo...
(Sale de la cámara un ugier, y el Duque va á su encuentro. Entre tanto dice á los demas el)
Cor. 1.° Qué pobre hombre es este Duque!
no hace nada y tiene un miedo
como si de él se acordaran.

DUQUE. *(Ap. al ugier.)*
A dónde vais?
UGIER. Señor, llevo
la órden de libertad
para el Condestable.
DUQUE. Bueno!
no os detengais.
(Vase el ugier y dice mirando á dentro el)
COR. 2.° Allí viene,
miradle!... el ministro escelso...
el valeroso don Juan,
terror de los mal contentos.
COR. 1.° Plaza!... ¡Plaza al vencedor!
(Los cortesanos se dividen en dos grupos. Don Juan de Austria se presenta en medio de ellos: el Duque retirado á un lado lo observa todo con glacial indiferencia.)

ESCENA IV.

EL DUQUE.—DON JUAN.—CORTESANOS.

D. JUAN. Señores, que os guarde el cielo.
COR. 1.° Permitid á nuestro labio
que os rinda el voto sincero
por los últimos laureles
que enaltecen vuestros hechos.
D. JUAN. Bien poco fué menester
para confundir los ecos
de los pocos miserables
que por gritar les dan sueldo.
Declaran los que han caido
bajo el poder legal nuestro,
que obraban por sugestiones
de enemigos encubiertos
de la persona del Rey:
sus nombres en el tormento
algunos han revelado...
y porque sirvan de ejemplo
á los que fraguan disturbios,
haré que caiga al momento
la espada de la justicia

sobre sus rebeldes cuellos.
(Muestras de aprobacion en los cortesanos, que siguen hablando aparte. Don Juan se acerca al Duque y hablan en voz baja.)
Duque de Medinaceli,
muy puntual aquí os veo...
¿no me dais el parabien
de los últimos sucesos?

DUQUE. Yo nunca adulo, señor;
ya lo sabeis hace tiempo.

D. JUAN. Y hoy sé lo que no sabia
de vos.

DUQUE. Sí?... Muchò me alegro.

D. JUAN. Puede ser que no os agrade
si lo que yo sé os revelo.

DUQUE. Os equivocais, don Juan;
no me direis nada nuevo,
por lo tanto no espereis
que me sorprenda.

D. JUAN. Lo creo.
Jamas figurarme pude
que el Duque bajo ese aspecto
de cumplida indiferencia
picára de turbulento:

DUQUE. Eso... de puro sabido
casi olvidado lo tengo.

D. JUAN. Es decir que confesais
sin temor...

DUQUE. Oh! por supuesto!
Cuando de decir se trata
la verdad, nunca la niego.

D. JUAN. Habeis hecho, señor Duque,
hoy muy bien en acojeros
al sagrado de palacio.

DUQUE. Yo suelo cazar de lejos.

D. JUAN. Con tiempo habeis prevenido
el golpe; mas, os advierto
que si por fuera os hé á mano,
por mi fe de caballero
os juro, que el ser quien sois
no os librará de un encierro.

DUQUE. Ese plan... procuraré
que no pase de proyecto.

D. JUAN. Cómo!
DUQUE. Pidiendo al monarca
que aqui me dé un aposento.
D. JUAN. El Rey os hará salir
de este palacio bien presto.
DUQUE. Permitidme que lo dude.
D. JUAN. Lo veremos.
DUQUE. Lo veremos.
(Don Juan, con rostro amenazador, entra en la cámara Real.)

ESCENA V.

EL DUQUE.—LOS CORTESANOS.

CORT. 1.° Qué os dijo?
DUQUE. Nada: es don Juan
mi amigo con tanto estremo,
que por darme finas pruebas
de la aficion que le debo,
cuando menos lo esperaba,
con interes me ha propuesto
la plaza del Condestable.
CORT. 1.° Digno sois de tal empleo:
recibid mi enhorabuena!
DUQUE. Pero no, nada! No acepto...
el Condestable es mi amigo,
y su desgracia respeto.
CORT. 1.° Esa virtud no está en uso...
DUQUE. Es verdad... mas yo ¿qué entiendo
de milicia...
(Sigue hablando aparte con los que le rodean. Eugenia y Perez aparecen en la galería, y al verla el cortesano 2.° que con otros estará hablando en segundo término, esclama)
CORT. 2.° Hola! Una dama
en palacio... ¡Qué portento!

ESCENA VI.

EUGENIA.—EL DUQUE.—PEREZ.—CORTESANOS.

PEREZ. *(Al cortesano 2.º)*
¿Su excelencia el señor Duque
de Medinaceli...
CORT. 2.º Vedlo!
Aquel que ahora está de espaldas.
PEREZ. Sí señor... os lo agradezco.
CORT. 2.º *(Al pasar Eugenia.)*
Divino rostro!
CORT. 3.º Hoy el sol
aspira á dejarnos ciegos.
EUGENIA. *(Sofocada.)*
¡Oh! Qué confusion ¡Dios mio!
¿Cuándo á la calle saldremos?
PEREZ. *(Al Duque.)*
Señor?
DUQUE. Ah!... bien...
(A los cortesanos.)
Perdonad,
mi pupila...
CORT. 1.º Sois muy dueño.
EUGENIA. ¡Qué miro!... ¿Don Juan aquí?
DUQUE. Eugenia, y ¿os pesa de ello?
EUGENIA. Que tal pregunteis, señor?
Al contrario, me sorprendo...
como hoy por primera vez
entro en salones tan regios,
y hay tantos hombres... corrida
estaba ya... pero al veros
donde mas os deseaba,
la calma vuelve á mi pecho.
DUQUE. Mucho me lisonjeais,
hermosa Eugenia, con eso:
no es estraño que á la vista
de galanes tan apuestos,
una dama como vos
se sonroje un poco, oyendo
ternezas que en estos sitios

se prodigan con estremo.
Mas ya os acostumbrareis,
bella Eugenia, os lo prometo,
en la primera semana
que habiteis bajo estos techos.

EUGENIA. ¡Yo he de habitar en palacio!
Yo!? Don Juan... ¿Qué estais diciendo?
Siempre que hablais lo haceis solo
para doblar el misterio...

DUQUE. Os juro que hoy cesará!

EUGENIA. Ya tarda. Con ese objeto
venimos buscando...

DUQUE. ¿Al Duque
de Medinaceli?

EUGENIA. Cierto.
A palacio me ha traido
Perez por mandato vuestro,
y dice que él me dará
nuevas de mi nacimiento...
Conque conducidme vos...

DUQUE. Tan grande es vuestro deseo
de ver al Duque?

EUGENIA. Estremado!

DUQUE. Pues, señora, para verlo
no os teneis que agitar mucho.

EUGENIA. Por qué?

DUQUE. Porque le estais viendo.

EUGENIA. Otra!... ¿Sereis vos un Duque?...
Apenas puedo dar crédito...
pues siendo tan principal
¿por qué con tenáz empeño
me ocultábais vuestro nombre?

DUQUE. Porque era preciso hacerlo.
Desde anoche acá han cambiado
vuestros asuntos de aspecto,
y, aunque con temor aun,
aquí presentaros quiero.
Vais á ver al soberano,
y antes declararos debo...
(Siguen hablando aparte. De la cámara del Rey sale el Cortesano 4.° y dice con misterio á los que vagan por la escena)

CORT. 4.° Señores... oid!

1.° Qué pasa?
4.° Grandes acontecimientos.
TODOS. Decid.
4.° El Rey ha tenido
un altercado muy serio
con el ministro: ha mandado
que en libertad al momento
sea puesto el Condestable...
TODOS. Oh!!...
4.° Y sin tomar su consejo
ha espedido ya la órden.
1.° Y el ministro?
4.° Deja el puesto.
Jamás se ha mostrado el Rey
tan decidido y enérgico...
1.° Pues si eso era de esperar!...
No en vano gritaba el pueblo...
2.° Ha triunfado el Condestable!
1.° Don Juan era atroz!
2.° Soberbio...
4.° Ya sale!
1.° Bien se conoce
su derrota por el gesto.
EUGENIA. Atónita me dejais.
DUQUE. Venid, no perdamos tiempo.
(Se dirigen á la cámara, y se encuentran en la puerta con don Juan. El Duque le fija un instante la vista y le dice al paso)
Señor don Juan, ya lo veis...
como amigo os lo prevengo:
mirad que si el Condestable
os halla en este momento,
de seguro que no os libra
el ser quien sois de un encierro.
(Entra en la cámara con Eugenia.)

ESCENA VII.

DON JUAN—LOS CORTESANOS.

D. JUAN. (¿Para tanta humillacion
me habeis conservado, cielos?

¿no merecen mis desvelos
mas cumplido galardon?
Oh!... silencio!... que hay testigos...
y los que tanto adularon
mi poder, y me ensalzaron...
¡serán ya mis enemigos!
Mas la esperanza ¿por qué
ha de abandonarme así?
¡Caprichos de niño... si!
Pasarán... y volveré!)
(Se retira por el fondo mirando con altivo desden á los cortesanos.)

ESCENA VIII.

Los Cortesanos.

1.° Ya cayó.
2.° ¿Quién lo creería!
1.° Su enojo será implacable.
4.° Mirad! Con el Condestable
se encontró en la galería.
2.° Bien se muestran su rencor.
1.° ¡Vaya si esto es divertido!
Apenas sale el vencido,
se presenta el vencedor.

ESCENA IX.

El Condestable.—Los Cortesanos.

1.° Salud!... señor Condestable...
nos teniais con cuidado;
mas ya el susto se ha trocado
en gozo...
Condest. Apenas me es dable,
entre tanta confusion,
señores, y en un momento,
de tanto acontecimiento
el comprender la razon.
Han sido muchos desmanes

los que se han obrado aquí...
¡darme por albergue á mí
la torre de los Lujanes!

TODOS. Qué horror!!

CONDEST. Ha salido vana
su intencion... y bien está!
por libre y bueno hoy me dá
la voluntad soberana;
mas ofrezco, por mi fe,
al que así me atropelló,
que dentro de poco, yo
las tornas le volveré.

1.° Tal merece su injusticia!

CONDEST. Por fin cayó derrumbado,
y la justicia ha triunfado
de su altivez y pericia.
Perdonad, que es justa ley,
ya que he logrado alcanzar
su favor, que á saludar
entre en su cámara al Rey.
(Se dirige á la cámara y retrocede. Los cortesanos circulan por la escena y galería.)
Qué miro!... es encantamiento?
¿Qué es esto que llego á ver?
¡Con el Duque esa mujer!...

ESCENA X.

EUGENIA.—EL DUQUE.—EL CONDESTABLE.

EUGENIA. Ah!

DUQUE. Condestable... os presento
á la Duquesa Bellflor,
Condesa de la Solana,
que hoy por órden soberana
es camarera mayor.
(A Eugenia.)
El Condestable, señora,
de Castilla.

CONDEST. (¡Tal sorpresa!)
Ríndoos, hermosa Duquesa,
mi admiracion desde ahora

con el mas vivo interés.

EUGENIA. Es honra que no merezco...
mas con todo, os la agradezco
por lo galante y cortés.

DUQUE. *(Al Condestable.)*
Permitid que ahora yo,
pues el tiempo me interesa,
acompañe á la Duquesa
á su carroza...

CONDEST. Pues no?
(Bajo al Duque.)
Qué es esto, Duque?... Os protesto
que no alcanzo á comprender...

DUQUE. De veras... ¿quereis saber
lo que quiere decir esto?

CONDEST. Oh!... sí!

DUQUE. Pues para los dos:
esto, pese á vuestro afan...
(Acercándosele al oido.)
es que acabé con don Juan...
y la emprendo ahora con vos.
(Saluda y se encamina al fondo llevando de la mano á Eugenia y mirando con risueña faz al Condestable, que se queda sorprendido y estático.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Antecámara del Rey. Puerta en el fondo: otra á la izquierda del actor. Otra secreta á la derecha. Guardia con alabarda en el fondo: junto á la puerta de la izquierda y sentado en un taburete, habrá un gentilhombre que se levantará al salir el Condestable por la del fondo.

ESCENA PRIMERA.

El Condestable.—Un gentilhombre.

Condest. (Nadie... bien; logré llegar
antes que el Duque.—¡Paciencia!
El conseguir una audiencia
trabajo os ha de costar,
mi ilustre competidor...)
(Al gentilhombre.)
¿Su magestad?
Gentilh. Está orando.
Condest. Le direis en acabando
que el mayordomo mayor

de su real casa tiene
que hablarle de un grave asunto.

CENTILH. Está bien.

CONDEST. Hacedlo al punto,
que á vuestro medro conviene.
(Entra el gentilhombre en la cámara del Rey.)

ESCENA II.

CONDESTABLE.

Si caso al Rey, mi señor,
con la princesa alemana,
y acepta mi amor ufana
la camarera mayor,
digo que fortuna en popa
me lleva; asunto acabado:
puedo ser el potentado
mas importante de Europa.
Y ¿ por qué no lo he de ser?
tengo del Rey el favor:—
la camarera mayor...
al fin... al fin es mujer.
Y aunque tan ilustre, creo
que no me la negarán:
derecho á ella me dan
mi nacimiento y mi empleo.
¡Oh... si su mano consigo!...
Hasta aquí luchamos tres;
pero que venga despues
el Duque á luchar conmigo.
Por mas que vaticinó
mi fin, zumbon y altanero,
que no me derribe espero
como á don Juan derribó.
No obstante, el Duque es fatal
y hasta que yo esté seguro,
no ha de entrar... ¡oh!... se lo juro!
en la cámara real.
(Sale el Duque por el fondo y se detiene al ver al Condestable.)

ESCENA III.

El Duque.—El Condestable.

Duque. (Ah!... me ha ganado la vez.)
Condest. ¡Oh, don Juan!... aquí os hallais?
Duque. Ya veis...
Condest. Poco madrugais,
señor Duque.
Duque. Sí, pardiez!
Condest. Lo siento... ha sido un azar...
me duele vuestro quebranto.
Duque. No os aflijais tanto, tanto...
porque podeis enfermar.
Condest. Eso no os cause inquietud;
pues caso que haya dolores,
cuento con buenos doctores
que salvarán mi salud.
Duque. Ved que es mucho asegurar
en cosa tan insegura:
doctores en ciencia oscura
las curas suelen errar...
Condest. Oh!... mi salud es tan fuerte,
y remedios hay tan buenos,
que todo lo curan...
Duque. Menos
los males que son de muerte.
Condest. Qué!... ¿me hallais tan desauciado,
que no encontraré manera...
Duque. Aconteceros pudiera
morir de un aire colado.
Condest. Os juro por vida mia...
Duque. Juradlo; mas no os creeré:
¿en la corte hay quien esté
libre de una pulmonía?
El aire de ella es tan fino,
tan sutil, tan destructor...
que nos deja á lo mejor
en la mitad del camino.
Condest. Yo lo he de andar, y sin pena...
Duque. Lo dudo aunque hableis así...

CONDEST. Pues yo os afirmo que sí.
DUQUE. Pues que sea enhorabuena.
CONDEST. Es decir, segun infiero,
que no os atreveis conmigo.
DUQUE. Es decir que nada digo.
CONDEST. Pues ¿qué esperais ya?
DUQUE. ¿Qué espero?
Ver al Rey.
CONDEST. ¡Bueno, por Dios!
DUQUE. Y en su nombre saludarle.
CONDEST. Yo tambien tengo que hablarle.
DUQUE. Pues le hablaremos los dos.
CONDEST. Juntos?
DUQUE. Lo que es á la par
creo que no podrá ser;
pero vos tendreis que hacer...
CONDEST. Sí; mucho... en este lugar.
DUQUE. Ya que esto se os antojó,
no es justo que os abstengais...
habladle cuanto querais
que despues le hablaré yo.
CONDEST. Y os quedais?
DUQUE. A no dudar.
CONDEST. Pero, Duque, no os comprendo:
¿qué pretendeis?...
DUQUE. ¿Qué pretendo?
por lo menos, estorbar.
CONDEST. No os queda ni aun esa accion.
Yo mando en palacio...
DUQUE. Sí.
CONDEST. Y os ruego salgais de aquí
hasta mejor ocasion.
DUQUE. No creí, por vida mia,
que fuérais tan descortes.
CONDEST. Señor Duque, esta no es
ocasion de cortesia.
Al trance que hemos llegado
mi conducta no estrañeis...
Debeis salir, y saldreis,
ó por gracia, ó de mal grado.
DUQUE. Condestable!... ese rigor...
CONDEST. No hay que hacerle; esta es la ley:
va á despachar con el Rey

el mayordomo mayor.

DUQUE. De buen talante lo tomo...
(Reparando en la puerta secreta.)
(Ah!... cielos... ¿qué es lo que miro?..)
Pues lo quereis, me retiro;
adios, señor mayordomo.

CONDEST. ¿Cómo tan conforme y tan
de repente?

DUQUE. Y ¿qué he de hacer?
cuando no hay donde escoger,
acepto lo que me dan.
Os hallo tan riguroso...

CONDEST. Perdonad si poco amable...

DUQUE. Mi querido Condestable,
hasta el fin nadie es dichoso.
(Se retira por la puerta del fondo.)

ESCENA IV.

EL CONDESTABLE.—*Despues* EL GENTILHOMBRE.

CONDEST. Me dá su calma inquietud...
¿será que otros planes trace?
Imposible!... el Duque hace
de necesidad virtud.
En el arte de fingir
sin duda que es gran maestro;
mas para un diestro... otro diestro...

GENTIL. *(Sale.)*
Su magestad va á salir.

CONDEST. Cumplid la órden que os doy.
Le direis al oficial
de guardia, que de ese umbral
su magestad manda, que hoy
Medinaceli no pase:
que atienda bien al deseo
del Rey, pues le va el empleo
como el Duque lo traspase.
(El gentilhombre se retira por el fondo.)

ESCENA V.

El Condestable.—*Despues* El Rey.

Condest. Asi con tranquilidad
sin que ventaja me saque,
podré disponer mi ataque...
Animo!... su magestad.
Rey. Os hice esperar...
Condest. Señor...
Rey. *(Dándole la mano á besar.)*
Tardé mucho.
Condest. Aunque asi fuera,
no desespera el que espera
por deber y por amor.
Rey. ¿Qué hay de mi hermano don Juan?
Condest. Hoy sufre un dolor cruel;
vuestros doctores con él
desesperados están.
Rey. Que en tal estado se vea
me causa viva inquietud...
¡Dios quiera darle salud!
Condest. ¡Plegue al cielo que asi sea!
Rey. Pensais que haya influido
para traerle á este estado
el haberle separado
del mando?
Condest. Si tal ha sido
de ese acuerdo la influencia,
digo que es de lamentar,
señor, mas no hay que culpar
á vuestra real clemencia.
Se presentó en rebelion
el pueblo desenfrenado...
y entre un pueblo y un soldado,
no es dudosa la eleccion.
Jamas fuera en vuestro abono
posponer en trance tal,
á la salud de un mortal
la eterna salud del trono.
La espada del cielo hiere

con tan invisible filo...

REY. Y ¿está el pueblo mas tranquilo?

CONDEST. Aun fermenta...

REY. Pues ¿qué quiere?

CONDEST. Oh!... no os admire, señor,
su anhelante, inquieto afan;
como al ilustre don Juan
no habeis dado aun sucesor,
temen arrostrar su enojo
si airado logra volver
con vuestra gracia al poder.

REY. Pues verán como le escojo
desde hoy mismo un sucesor.
¿Quién será?

CONDEST. Son tan contados...
aquel de vuestros criados
que os profese mas amor.

REY. Si logro aplacar su saña...

CONDEST. Con esto y con que á la vez
una Reina de alta prez
os digneis dar á la España,
vuestro pueblo prontamente
saludará alborozado
de su monarca adorado
la estrella resplandeciente.

REY. ¿Pensais que bueno será
tratar de mi casamiento?

CONDEST. Eso, señor, al momento!

REY. ¿Tan urgente es?

CONDEST. Claro está.
Vuestra Real sucesion
los pueblos anhelan ver...
Y ya debeis escoger...

REY. Aun no he formado opinion.

CONDEST. Si no os pareciera estraña
ni irreverente la mia,
aconsejaros podria
lo mas conveniente á España.

REY. Decid, decid...

CONDEST. Para empresa,
gran señor, que tanto vale,
ninguna encuentro que iguale
á la clara Archiduquesa.

REY. ¿La conoceis?
CONDEST. Mucho, á fe.
REY. Bella?
CONDEST. De rara hermosura.
REY. ¿No teneis de ella pintura?
CONDEST. Señor, no; pero os la haré.
Los bardos, que en rauda vena
cantan las glorias del Rhin,
la llaman el serafin
de los palacios de Viena.
Y mi labio os asegura
que nada cantan de mas,
pues yo no he visto jamas
tan peregrina hermosura.
A su cumplida belleza
y magestad soberana,
une, señor, de cristiana
la caridad y pureza.
No hay por do quiera que gire,
¡su bondad á tanto obliga!
pobre que no la bendiga,
ni rico que no la admire.
Las damas en ella adoran,
y de sus colores bellos,
faldas, blondas y cabellos
con noble orgullo decoran.
Digoos que no hay mas allá
y en fin, por hermosa y santa,
Roma al cielo la levanta
con las ROSAS (1) que la da.
Ya veis si cuenta en su abono
prendas que os harán honor:
con esta boda, señor,
dareis mas firmeza al trono.
unidas ramas tan grandes,
serán dique á la arrogancia
de Luis catorce de Francia
que os va ocupando la Flandes.
Y el Emperador así

(1) La Rosa de plata labrada qne los Papas bendicen el domingo cuarto de Cuaresma, y quc despues regalan como símbolo de virtudes á una de las Princesas católicas de familia reinante.

en vuestra ayuda saldrá,
porque al cabo su hija está
reinando con vos aquí.
Mejor enlace no hallé
de Europa en el claro espejo;
y este enlace os aconsejo.
¿Qué decis?

REY. Lo pensaré.

CONDEST. Ved que es ya cosa precisa
salir de este parasismo.

REY. Condestable, hoy mismo, hoy mismo...

CONDEST. ¿Dentro de un hora?

REY. Tal prisa!

CONDEST. Perdonadme si os ofende
mi osada persecucion;
mas como de vuestra union
la mia tambien depende...

REY. ¿Tambien os vais á casar?

CONDEST. Por imitaros, tambien.

REY. Y ¿con quién?

CONDEST. Señor... ¿con quién?...
No me es dado revelar
su nombre hasta que el destino
de vuestro estado fijeis.

REY. Pues lo haré.

CONDEST. Y ¿aprobareis...

REY. Y os serviré de padrino.

CONDEST. ¡Ah!... señor!...

REY. Sí, desde ahora.

CONDEST. Reuniré, segun costumbre
vuestra regia servidumbre
para dentro de una hora?...

REY. Bueno.

CONDEST. Y con ella vendré.
Os dejo, no os canso mas.

REY. Adios, no olvideis jamás
que os quiero mucho.

CONDEST. *(Dobla una rodilla: besa la mano al Rey, se incorpora y dice)*
(Triunfé!)
(Se retira por el fondo, cuya puerta queda cerrada.)

ESCENA VI.

EL REY.

Con qué brillante color
á mi prima ha dibujado!
¿Habrá el dibujo comprado
mi tio el Emperador?
Esa vehemencia, ese ardor
con que de hablarme no cesa
de la clara Archiduquesa,
me dan mucho en que pensar...
Dudo... y quisiera acabar...
pero ¿y si despues me pesa?
(Ruido de una llave que se descorre.)
Qué?...
(Abrese la puerta secreta y sale por ella el Duque.)

ESCENA VII.

EL REY.—EL DUQUE.

REY. ¡Vos por ahí?
DUQUE. Sí tal;
yo no me apuro por nada:
ya que me niegan la entrada
por la puerta principal...
como llave me habeis dado,
por la secreta me entré.
REY. ¡La entrada os niegan! ¿por qué?
DUQUE. Dicen que así lo ha mandado
el mayordomo mayor.
Como ha poco en conferencia
os ha probado la urgencia
de vuestra boda, señor...
querrá, por lo que yo infiero,
mientras que el sí no le deis,
que en vuestra cámara esteis
solitario... y prisionero.

REY. Prisionero el Rey de España!
DUQUE. Y ¿ qué quereis ? embriagado
con el favor...
REY. Si ha pensado
abusar, mucho se engaña;
porque tratar me acomoda
con quien el bien me aconseja...
DUQUE. Pues ya veis como me aleja...
Temerá que vuestra boda
se retarde, si yo al paso
le salgo en esta ocasion.
REY. Es mucha persecucion
de boda...
DUQUE. Pues no hagais caso.
REY. Es que dice me conviene
estrechar las alianzas
del Norte...
DUQUE. Y las esperanzas
cumplir que en vos y ellas tiene.
REY. ¿ Le moverá el interés
de la Alemania...
DUQUE. Eso infiero:
le han hecho gran caballero
del Aguila.
REY. Cierto?
DUQUE. Pues!
REY. Me afirma que obrando así,
tendré el imperial favor.
DUQUE. Harto hará el Emperador
con favorecerse á sí.
REY. Cómo!
DUQUE. Os lo juro á fé mia:
dinero y fuerzas le faltan
contra los turcos que asaltan
sus fronteras cada dia.
Por otro lado es, señor,
Luis catorce con su tropa,
el Rey que se da en Europa
aires de conquistador.
Acaudillando estudiantes
armados á la ligera...
lo estais viendo... por do quiera
sus armas lleva triunfantes.

La postracion!... esta es
la dolencia de hoy, señor;
no será el Emperador
quien detenga al Rey frances.
Mejor es tratar, lo creo,
con el que os puede quitar,
que con el que os puede dar
nada mas que un buen deseo.

REY. ¡Nuevas dudas! ¡dura ley!...
¿Cuando querrá Dios que acabe
tanto afan? ¿Sabeis que es grave
esto de casarse un Rey?

DUQUE. Por eso dice el refran
que las cosas de palacio
se tratan siempre despacio...

REY. Despacio!... y se inquietarán
mis pueblos si ahora vacilo...

DUQUE. ¡Eso inventa la malicia!
Mientras le hacen justicia,
el pueblo vive tranquilo.
Fantásma sin ton ni son
que os exajeran y abultan
los que otros planes ocultan:—
comodin de la ambicion...
Sed justo, noble, severo:
trabajo dadles y pan,
y lo mismo os amarán
casado que de soltero.

REY. Para todo hallais manera...
no harcis mal ministro vos...

DUQUE. Ministro?... ¡Líbreme Dios!

REY. ¿Y si el Rey os lo pidiera?

DUQUE. Siempre el Duque se ha preciado
de ser al Rey obediente...

REY. ¡Bien, Duque!

DUQUE. (Perfectamente.)

REY. Oh!... no sois interesado.
Ahora bien: decidme ¿qué
pensais de la Archiduquesa?

DUQUE. Que es una digna Princesa
de muy elevada fé.

REY. ¿Qué oisteis de su hermosura?
La ensalzó mi mayordomo

mayor... ¿Será tanta como
el Condestable asegura?

DUQUE. Sin duda será completa.
Retrato os dió?

REY. No fué dable...

DUQUE. Pues mirad que el Condestable
pica un poco de poeta.

REY. Asi me lo ha parecido.

DUQUE. No es esto mover mi labio
de la Princesa en agravio;
pero él, señor, ha debido
daros mas facilidad
en esto del elegir
esposa digna, y venir
á vuestra real magestad
con el retrato en la mano...
(Saca un medallon.)
diciéndoos.—Tomad primero
(Se lo entrega al Rey.)
el trasunto verdadero
de un encanto soberano
que aspira á vuestra eleccion.

REY. ¡Duque!... ¡Duque!... ¿quién es esta
hermosura tan modesta...

DUQUE. Doña Luisa de Borbon.

REY. ¿Lo guardo?

DUQUE. Quedaos con él.
De Luis catorce es sobrina.

REY. ¡Belleza mas peregrina!

DUQUE. Pues aun la agravió el pincel.

REY. ¡Aun cabe mas?

DUQUE. Si no hay dos
como ella, y no os asombre:
ese es el pincel de un hombre,
y aquel el pincel de Dios.

REY. Quiero al punto resolver...
Dejad, dejad que un momento
retirado en mi aposento
medite lo que ha de ser.
(Entrase en la cámara.)

ESCENA VIII.

EL DUQUE.

¡Niño Rey... gozoso vas!
¡Oh, niños! ¿quién no os somete?
Siempre el último juguete
es el que les gusta mas.
No obstante, estoy en un potro...
Don Juan de Austria me altera...
Si á tiempo vuelve, pudiera
agasajarle con otro...
y entonces ¡adios tarea!
Aun tiene influjo... sí, sí!
Ya no me sacan de aquí
como á pedazos no sea.
Y veremos quién se atreve
conmigo en este terreno...
¡A mí de esperanza lleno....
Aquella puerta se mueve...
(Por la del fondo que se abre lentamente.)
¿Será el Condestable? Horror
le dará encontrar mi huella...
(Aparece Eugenia.)
Ah!... que es mi pupila bella,
la camarera mayor.—
(No estará de buen talante...
ha un mes que no hemos hablado...
me creerá de ella olvidado...
(Oprimiéndose el pecho.)
cuando aquí vive constante.)

ESCENA IX.

EUGENIA.—EL DUQUE.

EUGENIA. (Le he de tratar con rigor...
aunque el alma en él adora...)
DUQUE. Que el cielo os guarde, señora.
EUGENIA. Que él os proteja, señor.

DUQUE. Y bien ¿qué tal por acá
os va con el mayordomo?
EUGENIA. Oh!... tan bien, sin duda, como
á vos os va por allá.
DUQUE. Pido á los cielos que os den
mayor ventura que á mí
por allá.
EUGENIA. ¿Os fué mal?
DUQUE. Oh! sí.
Y ¿á vos...
EUGENIA. Ya os dije que bien.
DUQUE. Conque en la regia morada
sois feliz?
EUGENIA. En alto grado.
DUQUE. Y... ¿en ella no habeis echado
nada de menos... eh?
EUGENIA. Nada.—
DUQUE. Parece que con desden
ú enojo me recibís.
EUGENIA. ¿Desden ó enojo, decís?
DUQUE. Sí tal, Duquesa.
EUGENIA. Hago bien.
DUQUE. Decid, señora, por Dios,
¿teneis de mí queja alguna?
EUGENIA. Que yo me acuerde... ninguna:
¿recordais alguna vos?
DUQUE. No por mi fe.
EUGENIA. Yo tampoco.
DUQUE. Pues ¿entonces...
EUGENIA. Ahí vereis.
DUQUE. Tal vez la recordareis
si en ello pensais un poco.
EUGENIA. Es que no lo quiero hacer,
que el pensar me cuesta mucho.
DUQUE. Las respuestas que os escucho
me dan bien claro á entender
lo que habeis adelantado
en palacio.
EUGENIA. Sí, por Dios!
aquí aprendí lo que vos
por fuera habeis olvidado.
DUQUE. Con maestría singular
lo hicisteis, Eugenia hermosa,

no os falta mas que una cosa...

EUGENIA. Qué?

DUQUE. Saber disimular.

EUGENIA. No entiendo...

DUQUE. Os lo esplicaré.
Cuando alguno se indispone
con otro aquí, nunca pone
ceñuda la faz...

EUGENIA. Y qué?

DUQUE. Qué á mi una prueba marcada
de vuestro enojo estais dando,
y es lástima...

EUGENIA. Cómo? cuándo?
pues qué!... ¿yo estoy enojada?

DUQUE. Algo menos de intencion,
y ahora el tiro iba certero:
la palabra está bien, pero
el rostro os hace traicion.

EUGENIA. Será lo que vos querais:
si os empeñais en que esté
enojada... lo estaré!

DUQUE. Y bueno ¿qué adelantais?
¿No llegais á imaginar
que aunque vos querais reñir,
acabareis por reir?

EUGENIA. No, Duque, no!... por llorar!

DUQUE. Ah!... Eugenia, cándida y pura!
no el llanto por esta vez
empañe la brillantez
de vuestra rara hermosura.
No deis abrigo al dolor
porque es injusto el agravio...
no!... rompa alegre mi labio
en juramentos de amor.
Escuchad la espresion fiel
del que mi seno devora,
que ya no es tiempo, señora,
de que me abrase con él.

EUGENIA. Oh!

DUQUE. Sabedlo: altas razones
que podeis imaginar
me obligaron á callar,
á esconder mis afecciones.

Pero ha llegado el momento
de que os confiese rendido,
que vos, Eugenia, habeis sido
mi constante pensamiento.

EUGENIA. ¡Que esto os escucho, don Juan?
Al fin...

DUQUE. Callar me propuse,
mas ya límites le puse
á mi concentrado afan.
¿Lo comprendeis ahora bien?
¿Veis que acabais por reir?

EUGENIA. Y ¿quién podrá resistir...
mas ¡ay! que lloro tambien.

DUQUE. ¿Me conservais aun encono?

EUGENIA. No, Duque, y ¿cómo podria...
Este llanto es de alegría!...
pero... andad!... que no os perdono.

DUQUE. Oh!... ¡Qué donosa esquivez!

EUGENIA. ¡Ser vos, don Juan, tan mi amigo,
y haber obrado conmigo
con tal reserva y doblez!

DUQUE. Ya que juzgais de ese modo,
¿quién mas aquí padecia?
¿Yo que callaba y sufria...
ó vos que ignorábais todo?
Callé, porque entonces vos
estábais á mi cuidado,
y siendo noble y honrado,
jamás quise ¡vive Dios!
alarmar vuestra virtud,
ni que aceptárais acaso
el amor en que me abraso,
no mas que por gratitud.

EUGENIA. Y despues?

DUQUE. Se dobló el mal,
y reconcentré mis penas:
os dije que en vuestras venas
habia sangre Real,
y tambien callé despues
porque temí, y con razon,
que achacárais á ambicion
lo que era desinterés.

EUGENIA. ¿Y luego?

DUQUE. Luego... señora,
direis que anduve reacio;
pero al veros en palacio
tan bella y deslumbradora,
y que el Condestable aquí
en secreto os pretendia,
quise ver si aun existia
algun recuerdo de mí.

EUGENIA. ¡Oh!... como os dejen hablar
no os ha de faltar escusa.

DUQUE. No, razones.

EUGENIA. Ciencia infusa
teneis para razonar.
Pero advertid bien, señor,
que por ser tan delicado,
un poquito habeis pecado
tambien de calculador.
¿No os era ya por demas
bien conocida mi fe?
Entonces, Duque, ¿por qué
dudásteis de ella jamás?
¡Oh!... dirán vuestras razones
que lo mas trivial del mundo
con un misterio profundo
se trata en estas regiones.
Pero yo os diré sin tasa
que aunque sea lo mas santo,
nada me place de cuanto
en estas regiones pasa.
La política es la amiga
que mas aquí se venera;
y lejos de ella quisiera
vivir, que es mucha fatiga.
Con que así tened presente,
político caballero,
que ver tratado no quiero
mi amor políticamente.

DUQUE. Así lo haré, Eugenia hermosa;
aunque mientra esteis acá,
la reserva convendrá.

EUGENIA. Y ¿por qué?

DUQUE. Por una cosa
que mi reposo aun altera.

El Condestable os pretende,
y si vé que se desprende
esta esperanza, pudiera...

EUGENIA. ¿Intentar un nuevo giro?...
Pues al Rey entro á ver...

DUQUE. ¡No!
¡no!... quien debe entrar soy yo:
penetraré en su retiro...
Y en tanto que el Rey no hable,
nos corresponde callar,
y á todo trance ocultar
nuestro pacto al Condestable.

EUGENIA. Mis talentos son escasos...
vuestra voluntad es ley...

DUQUE. Por hoy solo. ¡A ver al Rey!...
y Dios alumbre mis pasos.
(Entra en la cámara y se cierra la puerta.)

ESCENA X.

EUGENIA.—EL CONDESTABLE.

EUGENIA. *(Viendo venir al Condestable por el fondo.)*
Oh! si tarda mas le vé.

CONDEST. ¿Vos por aquí?

EUGENIA. Como vos.

CONDEST. Bésoos los pies.

EUGENIA. Guárdeos Dios.

CONDEST. Os buscaba...

EUGENIA. ¿Para qué?

CONDEST. En breve su Magestad
ante su familia toda,
quiere acerca de su boda
espresar su voluntad.
Y como debeis hallaros
en un acto tan lucido,
por honrarme mas, he ido
personalmente á citaros.

EUGENIA. Gracias por tanta bondad;
sois muy cortés para mí.

CONDEST. Con mi obligacion cumplí.

EUGENIA. ¿Con que al fin su Magestad

decide en nombre de Dios
su boda?... nada sabia...

CONDEST. Tambien lo fuera la mia
si lo decidiérais vos.

EUGENIA. Ya os he dicho ántes de ahora
que yo no tengo mas ley
que la voluntad del Rey...

CONDEST. ¡Dichoso me haceis, señora!

EUGENIA. Pues, cómo! ¿por qué?... ¡no atino...

CONDEST. Porque de esto algo le hablé,
y ha sido tan bueno, que
se me brindó por padrino.
(Aparecen varias damas y caballeros que van saliendo á la escena por el fondo. Don Juan de Austria entre ellos.)

ESCENA XI.

EUGENIA.—EL CONDESTABLE.—DON JUAN.—DAMAS Y CABALLEROS.

EUGENIA. (¡Qué escucho!)

CONDEST. Mirad! mirad!
la servidumbre radiante
de gozo, viene anhelante
á oir á su Magestad.
Señores, tomad espacio
segun á vuestro deseo
plazca mas... Pero... ¡qué veo!
¡Don Juan de Austria en palacio!...

D. JUAN. ¿Qué tal, señor mayordomo...
os maravillais de verme?...

CONDEST. Yo...

D. JUAN. ¿Por qué no se me cita
para un acto tan solemne?

CONDEST. Creí que vuestra dolencia...

D. JUAN. Creido habeis torpemente.
¿Pensábais que me encontraba
en los brazos de la muerte
y que era inútil contar
con un enemigo inerme?
Aun vive don Juan de Austria,

por mas que á alguno le pese,
y al monarca hará entender
lo que á su trono conviene.
(Se dirige hácia la cámara y el Condestable se opone á su paso.)

CONDEST. Perdonad!...

D. JUAN. Qué!... ¿Se me impide
hoy que en la cámara entre?
¿Olvidais que soy hermano
del Rey?

CONEST. Mas tampoco deben
olvidarse cuáles son
de mi empleo los deberes.
Permitid que se os anuncie...
aunque esto escusarse puede
porque va su Magestad
á aparecer prontamente.
(Abrense las puertas de la cámara. Salen algunos Gentileshombres, detras el Duque con un papel en la mano. Vuélvese á cerrar la puerta.)
Mirad...

ESCENA ULTIMA.

EUGENIA.—EL DUQUE.—EL CONDESTABLE.—DON JUAN.—DAMAS.—CABALLEROS.—GENTILESHOMBRES.

EUGENIA. (No respiro...
(Viendo al Duque.)
Ah!
Él es! satisfecho vuelve.)

CONDEST. Cielos! ¡el Duque ahi estaba!

D. JUAN. Qué es esto ¿el Rey no parece?

DUQUE. *(Colocándose entre don Juan y el Condestable, dice con solemnidad, dirigiéndose á la corte.)*
Don Carlos (que guarde el cielo)
atendiendo á los deberes
que la sacra Magestad
y la autoridad que ejerce
le imponen: y deseando
que la incertidumbre cese,
ha tenido á bien mandarme

que ante su corte revele,
que de propia voluntad,
libre y espontáneamente,
subirá á su trono augusto
como esposa y Reina en breve
doña Luisa de Borbon
de la muy alta progenie
de la casa de Orleans...
Y esto será, pues lo quiere.
(Rumor de aprobacion entre los de la corte: el Duque continua despues de contemplar brevemente al Condestable y á don Juan.)
He cumplido del monarca
con las ordenes, fielmente.

CONDEST. (¡Oh!... ¡que su astucia me venza!)

DUQUE. Hemos sido tres satélites
para el saco...

D. JUAN. Aun falta...

CONDEST. Oh! sí!...

DUQUE. *(Tomando á Eugenia de la mano.)*
Permitidme que os presente
á la esposa del ministro
Duque de Medinaceli.
El Rey su autorizacion
se ha dignado concederme...
y espero que vuecelencias
tambien mi ventura aprueben.

CONDEST. ¡El Rey os la concedió?...

D. JUAN. Ante el Rey doblo mi frente.

DUQUE. Mientras que acepteis así
los mandatos superiores...
tendreis desde luego en mí
un buen amigo, señores.
Adelante! esta es la ley
que el Rey manda publicar:
pronto las bodas del Rey
tendremos que celebrar,
y quiere que todo sea
paz, concordia entre sus hijos:
que truequen por la pelea
las fiestas y regocijos.
(Mirando á don Juan y al Condestable.)
Ninguno vuelva á encender

la muerta hoguera, perjuro;
porque hoy subo yo al poder
y en nombre del Rey le juro,
que nos hallará serenos;
y habrá... para su noticia,
justicia para los buenos...
para los malos, justicia.

FIN DE LA COMEDIA.

GOBIERNO POLITICO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 11 de Octubre de 1852.

Examinada por el Censor de turno, y de conformidad con su dictámen puede representarse.

Diaz.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

¡Diez mil duros!!
De este mundo al otro.
La hechicera.
Buenas noches, señor don Simon.
El novio pasado por agua.
Por seguir á una muger.
El Campamento.
Tribulaciones!!
El sacristan de San Lorenzo.
El duende.
El duende, segunda parte.
Las señas del archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego,
Misterios de bastidores.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del canal.
El alma en pena.
La noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del duende, para piano y canto.

OBRAS.

Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
Legislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid: en las librerias de Cuesta, calle Mayor; Monier, Carrera de San Gerónimo; Rios, y Perez, calle de Carretas.

EN PROVINCIAS.

Adra. . . .	D. Francisco Barranco Medina.
Albacete. . .	Nicolas Herrero y Padron.
Alcalá. . . .	Felix Moreno.
Alcoy. . . .	José Martí y Roig.
Algeciras. . .	Serafin Derqui.
Alicante. . .	Pedro Ibarra.
Almería. . .	Mariano Alvarez.
Andujar. . .	Domingo Caracuel.
Antequera. .	Joaquin Maria Casaus.
Aranjuez. . .	Gabriel Sainz.
Avila.	Julian Corrales.
Avilés. . . .	Ignacio García.
Badajoz. . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena. . . .	Francisco Fernandez.
Baeza. . . .	Manuel Alambra.
Barcelona. .	Juan Oliveres.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Baza.	Joaquin Calderon.
Bejar	Vicente Alvarez.
Benavente. .	Pedro Fidalgo Blanco.
Berja. . . .	Nicolas del Moral.
Bilbao. . . .	Sres. Delmas é Hijo.
Burgos. . . .	Sergio Villanueva.
Cáceres. . . .	José Valiente.
Cádiz.	Severiano Moraleda.
Calatayud. . .	Bernardino Azpeitia.
Carmona. . .	José María Moreno.
Cartagena. . .	Vicente Benedicto.
Castellon. . .	Remigio Moles.
Cervera. . . .	Joaquin Gasset.
Chiclana. . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real.	Antonio Mexía.
Cdad-Rodrig.	Salomé Perez.
Córdoba . . .	Juan Manté.
Coruña. . . .	José Lago.
Cuenca. . . .	Pedro Mariana.
Écija.	Ciriaco Jimenez.
Figueras. . .	Jaime Bosch.
Gerona. . . .	Narcisa Grasses.
Gijon.	Vicente de Escurdia.
Granada. . . .	José María Zamora.
Guadalajara .	Fermin Sanchez.
Guardamar. .	Sres. García y Muñoz.
Habana. . . .	Charlain y Fernandez.
Huelva. . . .	Osorno é hijo.
Huesca. . . .	Bartolomé Martinez.
Igualada. . .	Joaquin Jover y Serra.
Jaen.	José Sagrista.
J. la Frontra.	José Bueno.
Leon.	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida. . . .	Manuel de Zara y Suarez.
Lisboa. . . .	Silva Junior.
Logroño. . .	Ciriaco Verdejo.
Loja.	Juan Cano.
Lorca. . . .	Francisco Delgado.
Lugo.	D. Manuel Pujol y Masia.
Lucena	José Jimenez.
Málaga. . . .	Francisco de Moya.
Manila. . . .	Ramon Somoza.
Manresa. . .	Manuel Sala.
Manzanares. .	Dimas Lopez.
Medina Sidon.	Hilario de Pina.
Motril. . . .	José Joaquin Batlle.
Murcia. . . .	Antonio Molina.
Orense. . . .	José Ramon Perez.
Oviedo. . . .	Bernardo Longoria.
Palencia. . . .	Gerónimo Camazon.
Palma. . . .	Pedro José García.
Pamplona. .	Ignacio García.
Paris.	Boix y Compañia.
Plasencia. . .	Isidro Pis.
Pontevedra. .	Juan Verea y Varela.
Priego. . . .	Gerónimo Caracuel.
P. Sta. María.	José Valderrama.
Requena. . .	Antolin Penen.
Reus.	Juan Bautista Vidal.
Rivadeo. . .	Francisco F. de Torres.
Ronda. . . .	Rafael Gutierrez.
Salamanca. .	Telesforo Oliva.
S. Fernando.	José Tellez de Meneses.
San Lucar. .	José María Espez.
Sta. Cruz Tf.	Pedro M. Ramirez.
S. Sebastian.	Sres. Domercq y Sobrino.
Santander. .	Clemente María Riesgo.
Santiago. . .	Sres. Sanchez y Rua.
Segovia. . . .	Eugenio Alejandro.
Sevilla. . . .	Cárlos Santigosa.
Idem.	Juan Antonio Fé.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera. . .	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona. .	Antonio Puigrubí y Canals.
Teruel. . . .	Vicente Castillo.
Toledo. . . .	José Hernandez.
Toro.	Alejandro Rodrig. Tejedor.
T. de Cuba.	Meliton Franc. de Revenga.
Tuy.	Francisco Martinez Gonzalez
Valencia. . .	Francisco Mateu y Garin.
Idem.	Francisco de P. Navarro.
Valladolid. .	José M. Lezcano y Roldan.
Valls.	Cayetano Badía.
Velez Málaga	Mariano Cebrian.
Vich.	Ramon Tolosa.
Vigo.	José María Chao.
Vill. y Geltrú	Joté Pers y Ricard.
Vitoria. . . .	Bernardino Robles.
Ubeda. . . .	Francisco de P. Torrente.
Zafra	Juan de Dios Hurtado.
Zamora. . .	Manuel Conde.
Zaragoza . .	Pascual Polo.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarral, casa Astrarena.